
EL COYOTE
OJOS VERDES EN MONTERREY
J. MALLORQUÍ

OJOS VERDES EN MONTERREY

Por José Mallorquí

DEDICATORIA:

A Rosita Crespí Tomás, de Mahón, en prueba de agradecimiento por su entusiasmo hacia los Echagüe.

J. MALLORQUÍ.

PROLOGO EN VERDE Y ROJO

La amarilla luz de las lámparas se reflejaba en verde desde el tapete de la mesa contra los rostros de los jugadores de «monte.» Una niebla de humo de tabaco ayudaba a que la luz trazase un cono perfectamente dibujado. José Juan González empezaba a sentir miedo. Otros seis hombres eran sus compañeros de juego y de ellos sólo un par le inquietaban. Pero en cambio la mujer, tan frágil, tan débil, con su aspecto aniñado o enfermizo, le causaba un terror pánico.

—No es ella —se dijo—. Son sus ojos.

Eran verdes, cristalinos, tan extraños en aquel rostro bronceado, casi oliváceo, que parecían arrancados a otra cara de una raza muy distinta. Según como se reflejaba en ellos la luz, José Juan tenía la impresión de hallarse ante unas cuencas vacías. Vacías, pero sin perder la facultad de ver y de mirar.

—Ojos de gato.

No. Eran muchísimo más grandes. Eran dos aguas marinas en cuyo interior se agitaban, prisioneras, varias chispas eléctricas, pugnando por romper las frágiles barreras de su cárcel.

José Juan nunca había visto unos ojos tan enormes Si en vez de haber aprendido lecciones de violencia en tabernas y garitos hubiera podido estudiar en una universidad, seguramente habría tropezado en varias ocasiones con figuras parecidas a la de aquella mujer En reproducciones de cerámica griega, o de mosaicos helénicos. Allí habría, visto perfiles como el de aquella mujer, o muchacha, pues no podía tener más de diecisiete o dieciocho años. Hubiera hallado caras muy parecidas. Y expresiones idénticas. Reflejo de íntimas tragedias, de ocultas angustias, de reprimidas pasiones.

Pero José Juan, si poseía suficiente sensibilidad para notar sus sensaciones, carecía, en cambio, de capacidad para comprenderlas, para explicárselas.

—Es Electra Galway —dijo uno de los jugadores cuando empezó la partida de «monte.»

—¿Galway?

—Tal vez su nombre sea otro; pero ahora se hace llamar Galway. Es mestiza de china y de blanco…

La velada continuó. Las monedas de oro cambiaron muchas veces de mano; pero, en las suyas, José Juan sentía el frío de aquellos ojos, como si fueran dos bolas de hielo que rodasen por su epidermis enviando escalofríos hasta su nuca.

Volvió a ganar; aunque ahora ya no le asustaban sólo los ojos de Electra Galway. Otros le miraban amenazadores. Despacio empezó a bajar la mano hacia la culata de su revólver; mas antes de llegar a él los acontecimientos se precipitaron. El arma le fue arrancada de la pistolera y unas manos como tenazas hicieron presa en sus brazos.

Mucho después, cuando le obligaron a arrodillarse frente a un muro blanqueado por la luna, cuya luz recortaba siluetas de hombres y armas, un momento antes de sentir en la sien derecha y en la nuca el frío roce de los cañones de varios revólveres, aún vio los cristalinos ojos de Electra Galway mirándole desde la pared. ¡Sólo los ojos! ¡Cristalinos o metálicos!

—No me…

Quería pedir que no le asesinaran, que no le golpearan la cabeza; pero aquellos golpes eran balazos y antes de que pudiera terminar su petición José Juan González ya estaba muerto, tendido en un callejón de Monterrey, con la cabeza hundida en un charco de agua que se iba tiñendo de rojo y sobre la cual flotaban verdosas guedejas, viscosas como algas.

Allí fue encontrado al día siguiente, y el «Centinela de Monterrey» escribió la noticia para que a mediodía pudiera ser leída en su segunda edición en lengua castellana.

CAPITULO PRIMERO

LA HISTORIA DE LOS GONZÁLEZ

Don César de Echagüe se levantó muy tarde y bajó al comedor con aspecto de no haber consumido todo el sueño. Bostezó varias veces mientras Ana, recién llegada de Los Angeles, le servía el desayuno.

—¿Qué hay, guapa? —preguntó el hacendado—. ¿Te gusta Monterrey?

—Mucho, señor —contestó la joven—. Pero lo encuentro algo viejo.

—¿Qué le parece esa observación, fray Donoso?

—preguntó don César, volviéndose hacia el fraile de pardo y zurcido hábito que se sentaba en un incómodo sillón que había pertenecido a la cercana San Juan Bautista—. El único comentario que despierta en una mujer la antigua capital de California es que resulta viejo. Me recuerda la anécdota relativa a Kit Carson cuando en este mismo palacio hizo añicos un jarrón de China. ¿La conoce?

El joven fray Donoso, de la misión de San Juan Bautista, movió negativamente la cabeza.

—Yo soy casi nuevo en estos lugares —dijo—. ¿Qué ocurrió?

—Era un bello jarrón. Porcelana de la mejor y más frágil. No se puede decir que se rompiera. Hay que decir que se pulverizó. Don Julián Carreras, que entonces hacía de alcalde de Monterrey, tuvo que sostener a don Ortega, a quien el horror casi dejó sin sentido. «Ese

jarrón tenía más de doscientos años, señor Carson,» logró decir, al fin, el pobre Ortega. Y Carson, que hasta entonces había estado temblando como niño que ha cometido una travesura, soltó un suspiro de alivio y exclamó: «Menos mal. Creí que era una cosa nueva.»

—Siempre digo lo que no debo decir —lamentóse Anita.

—No, hija —replicó fray Donoso—. Bienaventurados los que en estos tiempos en que triunfa la mentira son capaces de decir la verdad, sin temor a las malévolas opiniones ajenas.

—Gracias, padre —respondió Anita—. Es usted muy bueno.

—Trato de serlo, pero aún estoy muy lejos de haberlo conseguido.

—Le sobra agresividad, fray Donoso —rió don César—. ¿Por qué no me hizo decir que estaba usted en casa?

—No quise privarle de unas horas de sueño. Usted lo necesita.

La criada no pudo contener una explosiva carcajada y en seguida, asustada, quedó inmóvil, con la vista baja y la mano sobre la boca.

—Esta vez has reído sin saber por qué —dijo el fraile.

—Le hizo gracia su ironía, padre —sonrió don César—. Sin duda por lo de que yo necesito dormir mucho.

—¡Ah! —Fray Donoso movió la cabeza—. Es verdad. Lo había olvidado. Ve a tus quehaceres, Anita, y procura dominar tu risa cuando no sea provocada por distracciones puras y cristianas.

—¡Le aseguro, padre, que no quise ofender!

—Ya lo sé, hija. Además no sería yo el ofendido. Pide perdón a quien puede dártelo.

—Le niego me perdone, señor —suplicó Anita a don César.

—Estás más que perdonada —replicó el hacendado—. Siempre me gustó tu risa. Tienes una linda dentadura. Cuídala.

Retiróse Anita, dejando a don César frente al desayuno.

—¿Quiere tomar algo, padre? —invitó éste a fray Donoso.

—Beberé un poco de agua —replicó el franciscano.

Don César le observaba disimuladamente y no dejó de advertir el temblor de su mano cuando cogió el vaso lleno de agua, de la que derramó algunas gotas.

—Siento haberle tenido impaciente durante tanto tiempo —dijo el dueño de la casa—. Debió haber subido a despertarme. La pereza es un pecado capital.

—Que se neutraliza con la diligencia de que hace usted gala cuando la diligencia es necesaria. La impaciencia es un pecado. Un pecado difícil de dominar.

Los años lo anulan, fray Donoso. No pierda la esperanza de dominar su impaciente corazón. ¿Y qué le trae por aquí?

El franciscano no contestó en seguida. Tras un brevísimo silencio comentó:

—Es muy hermoso este palacio. Me alegré mucho al saber que usted lo había comprado.

—Fue una ganga y yo nunca las rehúso. Además, esto se encuentra lleno de viejos recuerdos para mí. Viendo a mi hijo en esta casa me parece volver a verme a mí mismo. ¡Qué hermosos tiempos los del pasado! ¿No es así, padre?

—Mi pasado, don César, es una carga que todavía pesa en mis espaldas. Quisiera poderla olvidar.

—A veces me he preguntado cómo pudo usted olvidar la primera parte de su vida.

—Ya le he dicho que no puedo olvidar. Y mis superiores me han aconsejado que no olvide. Sólo la plena consciencia del mal nos puede impedir el caer de nuevo en sus garras. Anoche murió mi hermano El periódico lo anuncia.

—¿Eh? —Don César se levantó—. ¿Qué está usted diciendo? ¿Qué hermano?

—José Juan.

— ¡Caray! ¿Y qué hacía en Monterrey?

—Le trajo su conciencia. Necesitaba de mí. No como hombre, sino como lo que he sido desde que rompí con el mundo.

—¿De qué murió su hermano? —preguntó don César.

—Le asesinaron.

—¿Quién, o quiénes?

—No lo sé; mas por mi parte ya han sido perdonados.

—¡Qué tiempos aquellos, fray Donoso! —rio don César—. Los cuatro González. Dieron mucho que hablar.

—Estábamos equivocados. La venganza pertenece al Señor.

—Desde luego, desde luego —asintió don César—. Yo siempre lo he creído así, aunque a veces... Pero nunca he sacado ventajas particulares. Usted ya lo sabe.

—Lo sé. El «Coyote» es justo. La ira nunca ha cegado sus ojos. Siempre ha concedido a sus víctimas la oportunidad de matarle a él. —Con una triste sonrisa, el franciscano siguió—: Yo lo he admirado siempre. Como «Coyote» y como don César de Echagüe. Y no le guardé rencor cuando marcó a mi hermano.

—Juan Antonio es un loco, fray Donoso. Creo que él no me ha perdonado. Mi marca la lleva más en el alma que en la misma oreja donde yo la puse.

—Así es, don César. Los González no éramos gran cosa en comparación con los Echagüe, Acevedo, Villavicencio, Paz, Hidalgo y tantas otras familias californianas que se establecieron en las tierras apostolizadas por fray Junípero. Pero la ofensa que se nos hizo despertó nuestro orgullo. Llevamos a cabo nuestra venganza y una vez cumplida sólo yo merecí de Dios que mis ojos se abriesen a la luz. Fray Jacinto, en Capistrano, me señaló el camino. Cuando los hombres hubieron perdonado mis culpas, me retiré del mundo para alcanzar el perdón de mi Creador.

—No hurgue en sus recuerdos, padre —pidió don César, que profesaba cierto miedo al afán de autohumillarse que invadía al religioso—. Dios ya le ha perdonado.

—Nunca me consideraré suficientemente perdonado. He venido a pedir una limosna.

—¿De qué se trata?

—Mis padres duermen su eterno sueño en Los Angeles

—Eso es.

—Juan José fue llevado allí después de su... muerte

—Creo que di algo para que se pudiera, pagar el transporte del cuerpo desde San Bernardino.

—Así fue. Y ahora...

—Usted quisiera cumplir los deseos de su madre de tenerlos a todos cerca de ella el día del Juicio Final

—No se burle, don César.

—No me burlo, fray Donoso; pero usted, en cambio, conserva mucho orgullo y susceptibilidad. Eso está mal.

—Tiene razón. Estrujo mi alma y cuando ya creo que está seca de vicios y pecados veo brotar de ella una gota más...

—Cuente con lo necesario para el transporte del cadáver a Los Angeles. Y, ya que está aquí, quiero enseñarle algo que usted no conoce y que sus compañeros de claustro dan por perdido. Ha sido un hermoso hallazgo.

Levantóse don César y cogiendo del brazo al joven fraile lo llevó hacia una de las amplias estancias del palacio Ortega, ahora propiedad de los Echagüe.

—Ya conoce la biblioteca, ¿no? —preguntó.

—Sí. Estuve muchas veces en ella antes de que doña Elena vendiese la finca. Trato de escribir una historia de las misiones de California...

—¿Se fijó en el cuadro de encima de la chimenea?

—Estás ofendiendo a fray Donoso —comentó una voz desde el otro lado de un sillón de alto respaldo, vuelto hacia una de las ventanas.

—Buenos días, Lupita —saludó don César—. Creí que habías salido con el perdido de nuestro hijo. ¿No habíamos acordado que él te llevase a pasear en coche todas las mañanas?

Mientras hablaba con su mujer, don César fue hacia ella, seguido por el franciscano, quien, al ver que Lupe trataba de levantarse,

suplicó:

—Por favor, señora, no se mueva.

El desencajado rostro de Guadalupe se iluminó con una sonrisa.

—Gracias —dijo.—. El nuevo Echagüe promete ser un diablillo. Su hermana no me dio tantos apuros.

—Esta mañana vi al doctor García Oviedo y le pregunté por usted —dijo fray Donoso—. Temí que su presencia en Monterrey se debiera a una llamada urgente...

— ¡Qué va! —replicó don César—. El doctor García Oviedo quiere intervenir en la traída al mundo de todos los Echagüe. A mi hijo ya le está azuzando para que se case y me haga abuelo lo antes posible. Y no pierde siquiera la esperanza de ver nacer al primer hijo de Leonorín. Sin embargo, no creo que lo consiga. ¿Quieres levantarte, Lupita?

—Sí. Ayúdame —sonrió Guadalupe—. Quiero hacer los honores a fray Donoso.

—Por Dios, no se moleste por mí, señora... Aunque yo fuera una alta dignidad eclesiástica, su estado la disculparía de toda cortesía.

— ¡Por favor, fray Donoso! —rió Lupe—. Parece mentira que haya sido usted hombre alguna vez. ¿Cree que al insinuar que soy una inválida me puede producir alguna alegría? A las mujeres nos gusta ser jóvenes, o parecerlo.

—Si no se ha fijado en el cuadro, ahora debe hacerlo —dijo don César al franciscano, después de ayudar a Lupe a levantarse del sillón en que había estado preparando ropa para el futuro o futura Echagüe.

—Nunca me he explicado que los Ortega guardasen en la mejor habitación del palacio este horrible cuadro —dijo el fraile.

—«El Juicio de Paris» —dijo don César—. Realmente no es ninguna obra de arte. Esos velos aplicados sobre tres diosas del Olimpo por un segundo pintor que intentó borrar los efectos de la imaginación del primero no agregan ninguna belleza. Es un cuadro feo y sin ningún mérito. Alguien dijo una vez que era una copia de un cuadro flamenco. Si la vejez pudiera suplir la calidad, éste sería un buen cuadro; pero la carcoma no mejoró la perspectiva.

—Es muy feo —dijo Lupe—. Estoy deseando quitarlo de aquí.

— ¿Se ha fijado, padre, en la extraña colocación del cuadro? —preguntó don César—. Se diría que tenían miedo de que alguien se lo llevara. Hace unos días cuando empecé a estudiar la solución del problema que me planteaban esas diosas con tan poca ropa, me extrañó que un cuadro tan malo estuviera casi soldado contra la pared. No ahorraron ningún esfuerzo para hacer imposible una rápida sustracción. Como ve, el marco puede levantarse en varios lugares y descubre unas cavidades donde vemos unos engarces asegurados con candados. Ni un Velázquez hubiera sido defendido mejor. Estuve rebuscando por los desvanes hasta dar con las llaves de esos candados. Antes de poderlos abrir tuve que llenarlos de grasa; pero al fin se abrieron todos. Uno arriba. Otro abajo y dos en el lado derecho. En el izquierdo, en vez de candados había bisagras.

—¿Bisagras? ¿Para qué?

—Para esto —respondió don César, sacando los dos candados que aseguraban el lado derecho de la pintura.

Hecho esto atrajo hacia sí el enorme cuadro, que se fue apartando de la pared como si se tratara de una enorme puerta.

—Es curioso —comentó el franciscano, algo decepcionado por no descubrir nada al otro lado de la pintura—. ¿Era algún escondite?

—Eso es. Un escondite. Muy ingenioso. Porque eso que parece un trozo de pared no es más que un panel de madera que también se abre hacia afuera. Y al abrirlo encontramos… Pero hágalo usted mismo, fray Donoso.

Obedeció el fraile y al atraer hacia sí la delgada hoja de madera quedó extasiado ante lo que se descubría ante sus ojos.

—¡El San Juan Bautista! —exclamó.

—Sí —sonrió don César, acercándose a la chimenea—. Abra más. Que le dé la luz. Un Greco. Inconfundible. En Toledo hay uno casi idéntico, sólo que allí, en vez de estar bautizando a una mujer, bautiza a Cristo. Pero las figuras celestiales y las del fondo son las mismas.

Fray Donoso contemplaba ansiosamente el cuadro, del que parecía emanar una intensa luminosidad brotante de los verdes, azules, rojos y ocres que daban a aquella pintura un hálito torturado muy grato al espíritu del fraile.

— ¡Qué hermoso! —murmuró—. Dios guió la mano de ese hombre.

Acercó la suya a la tela; mas la retiró como sí temiera cometer un sacrilegio.

—He leído algunas descripciones que se hicieron de este cuadro; pero Dios no guió la mano que las escribió.

Las figuras del Bautista y de los que esperaban el bautismo aparecían perfiladas en negro, y este color se encontraba también en los pliegues de los vestidos y en el dibujo de los miembros. Todo parecía bañado por una luz ultraterrena que descubría nuevas tonalidades y nuevos colores.

—Ahí está la escritura que certifica la propiedad del cuadro —indicó don César, señalando un tubo de madera colocado al pie de la pintura—. Léalo.

El franciscano abrió el estuche y sacó una hoja de papel de barba llena de una escritura grande y angulosa, enrojecida por el óxido. Dos firmas trazadas por otras manos que la encargada de redactar el documento valoraban éste.

En el Presidio de Monterrey, Alta California, y en los días veintiocho de enero de mil ochocientos treinta, festividad de San Pedro Nolasco, se reunieron por una parte fray Pedro del Dulce Nombre de Jesús, y por la otra don Justo Ortega de Bonifaz y de Lucientes, capitán de los Reales Ejércitos y propietario de las tierras y haciendas de Río Humo, Rancho Ortega y otras, entre las cuales figura su total derecho y título de propiedad del edificio conocido por Palacio Ortega acuerdan, que en vista de los peligros que amenazan a las misiones franciscanas a causa del acuerdo tomado en el año de 1813 por las llamadas Cortes Españolas en la ciudad de Cádiz, en cuyo acuerdo se dispone la conversión de los centros misionales en parroquias, y de que también se desprende peligro de los informes enviados a su Gobierno por el que fue gobernador Argüello, representante del primer gobierno no español de Nueva. España, y de su sucesor, que ahora lo es. gobernador Echeandía, y temiendo que de los citados informes y de las intenciones hechas públicas por el antecitado gobernador Echeandía se pudiese llegar a la prevista secularización de las misiones, y temiendo que de semejante paso y decisión pudiera resultar daño a determinados y valiosos objetos de culto que a su altísimo valor espiritual unen importante valor

material, se acuerda por parte de la comunidad de la misión de San Juan Bautista, fundada en el año de 1797, durante el gobierno del representante de Su Majestad Católica el Rey don Carlos el Cuarto, gobernador Borica, de grata y respetada memoria por sus donativos y alta propiedad, que siendo el cuadro conocido por el nombre de SAN JUAN BAUTISTA, original del pintor griego Dominico Theotocupuli, más llamado EL GRECO, el objeto de más valor que se guarda en esta misión de San Juan Bautista, y siendo también regalo piadoso del antecitado gobernador Borica, quien lo trajo de su casa de Maqueda para que ornase la capilla del Bautista, en la misión de San Juan, a once leguas del Presidio de Monterrey, se decide por la Comunidad trasladarlo a lugar seguro donde pueda conservarse hasta que, desaparecidas por Divina Voluntad las actuales circunstancias de peligro, pueda el dicho cuadro volver a su lugar Y de su custodia se encargará en su nombre, en el de sus hijos y en el de todos sus descendientes, el caballero don Justo Ortega, antes nombrado, quien promete con su firma y rúbrica y con juramento prestado sobre el Santísimo, expuesto en el altar mayor de la misión de San Juan Bautista devolver el citado cuadro a la misión sin exigir por su favor otro pago que el que Dios pueda tenerle en cuenta al disponer de su alma. Este compromiso se firma en un solo documento que se entrega a don Justo Ortega, quien lo conservará, junto con el cuadro, no extendiéndose por duplicado por tener absoluta confianza en él y para evitar, así, que el hallazgo de la otra copia pudiera hacer inútiles las precauciones que ahora se adoptan.

Monterrey, Alta California, y en la misión de San Juan Bautista, a las ocho horas de la tarde

del día y año antes citado. Firman,

Justo Ortega,

Fr. P. del Dulce Nombre de Jesús.

—¡Qué sintaxis más enredada! —suspiró don César—. Fue una buena medida esa de ocultar aquí el cuadro. De lo contrario hubiese ido a parar a cualquier museo o colección privada. Ya tiene usted una buena noticia para su comunidad. Y en cuanto a los gastos de traslado del cuerpo de su hermano, no debe preocuparse. Yo lo pagaré. ¿Sabe si se hace algo por descubrir dónde y cómo le mataron? ¿Y por qué?

—No se hace nada. No pensaban hacerlo antes de saber que era mi

hermano. Luego yo dije que no tenía deseo de que se derramase más sangre, y eso alivió a las autoridades. Sin duda sabían demasiado bien a quién debían buscar.

—Lo dice como con amargura, fray Donoso.

—No —El franciscano movió negativamente la cabeza—. No lo crea. Yo sé que mi hermano ha respondido ya ante un Tribunal infalible. No siento amargura por la inmunidad de unos asesinos a quienes ya he perdonado. Al contrario... Lo que ocurre es que me aterra la dureza con que Dios sabe hacer pagar, ya en la tierra, nuestras culpas.

—Usted quisiera decir algo y... no se atreve o no puede —murmuró Lupe.

—Así es, señora. Perdóneme. Deseo regresar a San Juan Bautista para dar allí la grata nueva. Adiós, don César. Muchas gracias por todo.

Presa de incontenible emoción, el franciscano sallé de la biblioteca, donde quedaron Guadalupe y don César mirándose.

—¿Qué le ocurre? —preguntó la mujer.

—Bajo las cenizas todavía arde el fuego —replicó don César—. Temo que fray Donoso no pueda olvidar su pasado.

—No creerás que piense empuñar un revólver y echarse de nuevo a los caminos.

—Eso, no. Su lucha es interna. Con todos los peligros que encierra semejante tipo de lucha. Heridas del alma, que no se ven y que, por tanto, no se pueden curar. ¡Pobre fray Donoso! Debiera haberse marchado a otro sitio.

Mientras hablaba, don César ocultó de nuevo el cuadro de San Juan Bautista, comentando:

—Estuve tentado de no devolverlo.

—Con ello habrías dado una prueba de sensatez.

—Pero me hubiese privado del placer de oír pregonar mi fama de hombre honrado. Además... Hablando en serio: No me gusta la idea de tener algo que no me pertenece. Algo que es de la Iglesia, o sea que ha

despertado la piedad y la fe de la gente. Además, también así me veré libre de este horrible «Juicio de París.» ¿Te quedas aquí?

—Sí.

—Pues yo voy a buscar el periódico. Quiero leer lo que explica «El Centinela de Monterrey» acerca de la muerte del segundo de los González.

CAPITULO II

ELECTRA GALWAY

En vez de coger el que recibía todos los días, don César salió a comprarlo y a dar un paseo. Acomodóse en su coche y ordenó al cochero que le llevara a la Plaza Mayor.

El regreso y súbita muerte de José Juan González le traía recuerdos de varios años antes. El estúpido asesinato de los padres de los González y en seguida la larga y trágica venganza. Luego, el acostumbrarse a derramar sangre... y de vengadores, los González se convirtieron en asesinos. En vulgares delincuentes.

El cochero de los Echagüe era el mismo que había trabajado para los Ortega. Su persona se incluyó en el contrato de venta.

— ¿Donde puede un caballero beber una copa de vino sin que la gente piense que se degrada? —preguntó don César.

—En el *Alhambra*, señor —replicó el cochero—. Es el único establecimiento digno de usted.

El *Alhambra Palace* era un gran edificio de ladrillo y piedra, con grandes y bellos arcos, con ventanas rebosantes de flores, un amplio salón con un tablado central para las atracciones, un larguísimo mostrador lateral para las libaciones, y muchas mesas para comer y beber a la vez que se disfrutaba del espectáculo y atracciones que se iban desarrollando en el tablado. Más al fondo estaban las mesas de verde tapete, sobre cada una de las cuales pendía una lámpara. En el otro fondo había un par de mesas de ruleta, y en una sala contigua otras mesas de ruleta, faro y monte, destinadas a reunir en torno a ellas un público más selecto que el de la sala general.

Un cartel pegado en el tablero de los anuncios daba cuenta de la actuación de una orquesta mejicana, una «famosa» cantante de ópera, bailarinas, malabaristas un coro de mineros, y, entre otros muchos de los que durante unos minutos ocupaban el tablado cobrando lo que el respetable público tuviera a bien pagarles es decir, echarles, don César encontró un nombre conocido: El profesor Bill Perkins, el mago por excelencia, cuyas manos eran más rápidas que la vista. EL Profesor iba acompañado de «Nigger» Joe (Negro José), el famoso tocador de banjo, y de Miss Galway, la genial intérprete de las canciones de Stephen Foster.

Don César empero a reír mientras movía la cabeza y musitaba:

—¡Profesor Perkins! ¿Quién iba a decir que nos volveríamos a encontrar?

Miró a su alrededor. Bajo los arcos, a la vista de la Plaza, aunque protegidos por una barrera de arbustos plantados en macetas, estaban algunos de los artistas que alegraban las veladas del Alhambra. Su mirada se posó en seguida en un hombre de estatura más que regular, grueso, bordeando la obesidad, de rostro amplio, lleno de vida, de facciones abultadas, con la nariz enrojecida no por el frío de los hielos de la Sierra sino por todo lo contrario: por el calor de innumerables tragos de toda clase de mal licor, exudando campechanía, honradez y buen talante, con un ladeado sombrero de copa del que a veces salía un conejo, una paloma o una pistola, y por debajo de cuyo borde asomaba una blanca cabellera, sedosa, brillante, en perfecta armonía con el bigote, sólo que éste, además, estaba como oxidado por la nicotina.

Sentado a la mesa ante la cual estaba el Profesor un hombrecillo de mirada huidiza estaba templando un banjo. Aunque su cara era blanca, casi harinosa, don César reconoció a «Nigger» Joe. A Miss Galway no la vio. Debía de ser una nueva aportación a la sociedad.

Tras unos momentos de inmovilidad, don César fue a sentarse a no mucha distancia del Profesor Perkins, y aunque nada hizo por atraer su atención, lo consiguió inmediatamente, en cuanto pidió:

—Jerez.

El camarero quedó algo sorprendido por la demanda. Estaba acostumbrado a servir cerveza, whisky, ron, ginebra o licores mejicanos. Todo, menos cerveza fuerte, fácilmente mezclable con agua, para que rindiera más de sí. Los vinos generosos tenían pocos

adeptos.

—¿Es que no hay jerez seco?—preguntó don César.

—Sí, señor —contestó el camarero—. Claro que tenemos. Y muy viejo. Compramos una partida que había estado más de cincuenta años en la aduana. Desde que llegó de España... En seguida se lo traigo.

El Profesor Perkins se acercó con prosopéyico andar a la mesa de don César.

—Buenos días, caballero —saludó, quitándose el sombrero—. Hermoso sol.

—Muy hermoso —admitió don César.

—Recuerda el de España, ¿no?

—¿No es el mismo?

El Profesor lanzó una gutural carcajada que resonó en su amplio pecho.

—Es una buena contestación, caballero; pero no nos hemos presentado. Soy Guillermo Perkins, tocayo del grande, del único, del incomparable Guillermo Shakespeare, a quien he tenido el honor de difundir por todo el mundo. Y ahora, cuando los años me impiden representar mis caros papeles y no me dejan recitar mis versos al pie del balcón de Desdémona... ¡Qué barbaridad! He querido decir Julieta. A Desdémona ya no puedo estrangularla. Mi voz dejó de ser musical, Y no me resigno a los vulgares papeles de padrastro de Hamlet, o de padre de Julieta. Sólo podría dar vida a Macbeth... Pero le estoy molestando, ¿verdad, señor...?

—Al contrario —sonrió don César, procurando destilar toda su impertinencia—. Me gusta oírle. Y sin pagar la entrada. Los espectáculos gratuitos me encantan, porque si son buenos lo resultan más por el detalle de su gratitud. Y si son malos, siempre es un consuelo el pensar que no nos cuestan un centavo.

—Tiene usted respuestas para todo, señor... Creo que me dijo su nombre; pero, ¿cuál fue?

—César de Echagüe. De Los Angeles. Interinamente de Monterrey.

—¡Ahí... —Perkins fingióse muy impresionado—. ¡Don César de Echagüe! He oído decir que compró usted el palacio Ortega.

—Sí.

—¡Magnífico palacio! Preclaro exponente del arte colonial español, El Palacio Ortega y el Palacio Ibáñez son únicos. Y ambos en Monterrey. El comodoro Hobson deseaba adquirir el Palacio Ortega. Debió de reñir usted una dura batalla en el precio para podérselo quitar.

—Por favor, siéntese y acompáñeme en la degustación de ese jerez tan viejo —invitó don César.

—Muy viejo y achacoso debe de estar cuando tanto le cuesta llegar a nuestra mesa —dijo Perkins.

—¿Viene usted a representar alguna obra de Shakespeare?

—No, no —suspiró el Profesor, moviendo negativamente la cabeza —. Ya renuncié a las candilejas. Ahora me dedico a hacer juegos de magia. Las manos son siempre más rápidas que la viso. Y, si no, véalo.

De un bolsillo de su Príncipe Alberto sacó Perkins tres medias cáscaras de nuez. De otro extrajo un grano de maíz, que colocó en el centro de la mesa. Como le estorbara la copa, que al fin acababa de llenar el camarero, la vació de un trago antes «de darse cuenta» de que se había llenado para don César. Al advertirlo se excusó:

—¡Cuánto lo siento, señor! No sabe usted... Pero no me diga nada. Camarero, traiga otra copa para el señor. Yo pago la consumición.

—No lo consiento —replicó don César—. Yo soy quien le invita a usted.

El Profesor movió la cabeza como si renunciara a una felonía.

—¡De ninguna manera! Exijo ese honor.

—Yo he encargado el vino y tengo derecho a invitarle, caballero.

—Perfectamente —el Profesor Perkins sonrió con teatral astucia—. Muy bien. Lo pondremos a juicio de sus ojos. Fíjese bien en este grano de maíz y vea cómo lo oculto en una de estas medias nueces. ¿Se ha fijado en qué lugar está?

—Aquí.—señaló don César, indicando la media cáscara de nuez

bajo la que se había ocultado el grano de maíz.

—Eso es —asintió Perkins—. Ahora voy a mover las medias nueces. Usted no pierda de vista la que esconde el maíz. ¿Ve? Así. Una, dos, tres.

Rápidamente cambió de sitio las tres cáscaras, alterando el orden que hasta entonces habían guardado

—Ya está. ¿Se ve con ánimo de decirme en qué sitio está el grano de maíz?

—Claro —asintió don César, señalando una de las medias cáscaras.

Perkins la levantó triunfalmente, exclamando:

—¡Nada! Como ve, no hay nada debajo.

Don César se hizo el sorprendido.

—¡No puede ser! —exclamó a su vez—. No he perdido de vista las tres cáscaras y sé cual de ellas ocultaba el grano de maíz.

—Pues ya ha comprobado que no está donde usted imaginaba.

—No me explico... —Don César alargó la mano hacia las otras cáscaras; pero el Profesor se le anticipó descubriendo una de ellas, bajo la cual apareció el grano de maíz.

—Aquí lo tiene —dijo—. La mano siempre es más rápida. Yo le invito.

—Había oído hablar de este juego; pero no creí que pudiera hacerse tan limpiamente. Debe de ganar usted mucho dinero con estas cosas.

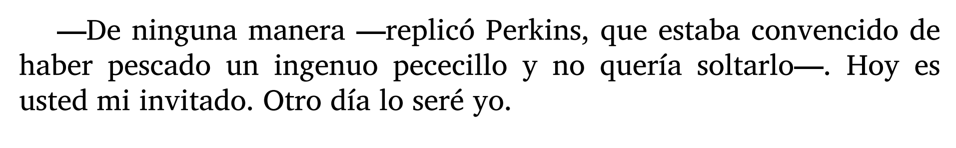
Perkins se encogió de hombros.

—Regular, nada más. Yo siempre he desperdiciado mi arte superior en beneficio de un público inferior...

Conteniéndose y soltando una cordial y bronca carcajada, rectificó:

—Siempre no, claro está. A veces, como ahora, mi público es selecto.

—Y el público exige el permiso de invitarle —pidió don César.


—De ninguna manera —replicó Perkins, que estaba convencido de haber pescado un ingenuo pececillo y no quería soltarlo—. Hoy es usted mi invitado. Otro día lo seré yo.

—Exijo que sea pronto.

—Pronto será.

—¿Esta noche?

—¡Imposible! —deploró Perkins—. Esta noche estamos invitados a casa del comodoro Hobson—. Adoptando una expresión de humillada tristeza, Perkins rectifico—: Es decir, invitados, no. Contratados para distraer a sus huéspedes. Da una fiesta típica californiana, y nosotros tenemos que acudir para que sus amigos no se aburran. Tal vez usted sea uno de ellos.

—Estoy invitado; pero mi hijo irá en mi representación. Mi esposa no se encuentra en condiciones de salir de casa.

—¿Enferma? —preguntó Perkins, como si tal posibilidad le llenara de angustia.

—Esperamos un hijo.

El rubicundo semblante de Perkins se iluminó.

—Le felicito. Es una grata noticia. ¿Otra copa?

—Bien; pero a condición de que ésta vaya por mi cuenta. Y llame a su amigo, el del banjo. Que él también lo celebre.

«Nigger» Joe acudió presurosamente a una seña de Perkins y saludó a don César con repetidas inclinaciones, mientras dirigía ansiosas miradas al vino. Era tan evidente su sed después de la primera copa, que don César llenó la segunda, ofreciéndosela al tocador de banjo.

En aquel momento salió Miss Galway.

—Ven, Electra, quiero presentarte a un caballero —dijo Perkins.

La joven se acercó. Vestía un traje de percal blanco sembrado de florecillas azules y rojas, adornado con tul en el cuello, brazos y falda. Llevaba descubiertos parte de los hombros y desde la garganta hasta la iniciación del busto. Su boca, muy pintada, acentuaba la extraña claridad de sus ojos. Don César no pudo dominar su asombro.

—Es mi... sobrina, Electra Galway —presentó el Profesor.

—Es divina —musitó el hacendado.

—De carne y hueso, nada más —replicó Electra, halagada por la admiración del californiano.

—En apariencia, únicamente, y sabe Dios por qué milagro —replicó don César—. ¿De veras se llama usted Electra.

—Claro. ¿Por qué?

—¿Me permite invitarla a sentarse, señorita? —pidió don César, sin contestar a la pregunta de la joven.

—Claro, claro —dijo Perkins.

Don César se encontró sentado junto a la extraña muchacha, y frente a Perkins y «Nigger» Joe. Sin poderlo evitar volvióse hacia la joven.

—¿No le parece bien mi nombre?— preguntó Electra.

—Me parece peligroso.

Electra desvió la mirada hacia la mesa. Sus afilados dedos tabalearon nerviosamente sobre el tablero.

—Un nombre no significa nada —dijo. Y en seguida rectificó—: Creo que no significa nada, que no influye...

—Pronunciar una palabra es como evocar un pensamiento —murmuró el californiano, como si hablara sólo para Electra—, En toda palabra se agita un poder magnético que es el principio de toda manifestación. Los nombres tienen su fisonomía particular. Los hay benéficos y los hay perjudiciales. El de usted es, por lo menos, trágico. ¿Por qué se lo pusieron?

—No... no —musitó Electra Galway—. No sé...

—Tal vez su tío lo sepa... —sugirió don César, volviéndose hacia Perkins.

—Yo... sí, creo que sí lo sé; pero no lo recuerdo.

—De momento creí que la elección de un nombre tan teatral había partido de usted —siguió don César— Electra, hija de Agamenón y

hermana de Orestes. Vengadora de la muerte de su padre. Famosa por sus odios su implacable venganza.

— ¡Es verdad! —exclamó Perkins—. ¿No se trata de una tragedia griega? ¡Sí, sí! No recuerdo el autor; pero sé que es un drama de esos en que al terminar la función los supervivientes tienen que permanecer quietos en su puesto, sin poder dar un paso, porque el escenario está lleno de muertos. No me gustan. Demasiado dramáticas. En cuanto a eso del nombre, no creo que tenga influencia en Electra. Ella es una muchacha perfectamente normal. Su única peculiaridad consiste en cantar canciones de Stephen Foster con acento castellano.

—¿Y por qué en castellano? —preguntó don César.

Perkins carraspeó y bufó un par de veces. «Nigger» Joe pellizcó una de las cuerdas de su banjo, haciéndole emitir un largo quejido. Electra fue la única que no perdió la serenidad y, con pastosa voz, explicó:

—Para que sea peculiar. Cantar con acento del Sur es lo lógico; cantar a Foster con acento yanqui es lo vulgar.

Moviendo la cabeza, Electra indicó a Joe que deseaba cantar y el hombrecillo, que debía de conocer el significado de las palabras y de las señas, arrancó de su banjo las nostálgicas notas de «El Viejo Negro Joe» mientras Electra entonaba a media voz el lamento del negro Joe, que al volver a los campos nevados de algodón se encuentra sin amigos, sin ninguno de aquellos a quienes conoció cuando su corazón era joven y alegre, y al llamar a sus recuerdos, éstos, desde un mundo mejor, le contestan llamándole como le llamaban en la tierra: «Viejo Joe, viejo Joe.» Y el anciano negro, de blanca cabellera, contesta: «¡Ya voy, ya voy! Tengo a enero en la cabeza: pero abril canta en mi corazón.»

—Es usted maravillosa —felicitó don César—. Me ha emocionado con una canción que imaginaba haber oído ya demasiadas veces. Sin embargo, estoy deseando oírla de nuevo.

El Profesor dio un rodillazo al banjista, quien arrancó de su instrumento nuevas y más alegres notas. En seguida, levantándose los dos, anunciaron por boca del Profesor:

—Nos vamos un momento a prestar declaración. En seguida volveremos, señor Echagüe. No se mueva.

Alejáronse los dos hombres tan parecidos en su propia desemejanza. Vestidos con raídas levitas, cubiertos con altos

sombreros de copa, con idénticas huellas alcohólicas. Sólo que uno era alto y voluminoso y el otro bajo y enjuto.

—¿Por qué van a prestar declaración? —preguntó don César, volviéndose hacia Electra.

Esta bajó la vista, replicando:

—Anoche mataron a un hombre que estuvo jugando al «monte» en el Alhambra. Han obligado a declarar a cuantos le vieron.

—¿Le vio usted?

—Sí. Pero ya saben que no le asesinó ninguna mujer.

—¿Ganaba o perdía?

Electra se encogió de hombros.

—No lo sé. No me interesé por él.

—El asesino, o los asesinos, van a tener trabajo. El muerto pertenecía a la famosa banda de los González. Su hermano querrá vengarle y es capaz de presentarse en Monterrey sin miedo a nada ni a nadie. Hoy he hablado con su otro hermano.

—¿Qué otro hermano?—preguntó Electra, en cuya voz don César percibió una nota de inquietud.

—Uno que dejó el mundo por el claustro. En sus malos tiempos fue bandido. Ahora es fraile.

—Eso sólo es posible en nuestra raza —murmuró Electra Galway—. A veces me he preguntado si yo terminaré igual.

—Tiene unos ojos demasiado diabólicos, Electra. Usted pertenece al mundo, no al convento.

La joven se volvió bruscamente hacia al hacendado.

—¿Me encuentra bonita? —preguntó.

—Mucho. Turbadoramente hermosa.

—¿Cómo se imagina que soy?

—Ya se lo he dicho. Es usted hermosísima.

—Usted es rico. Muy rico. Dicen que en California nadie tiene tanto dinero como usted.

—La gente es aficionada a exagerar —sonrió don César—. Sin embargo, no niego que no soy pobre.

—Présteme cinco mil dólares. Por favor. Yo se los devolveré.

—¿Cómo y cuándo?

—Antes de un año. Por favor. Para usted el entregar ese dinero no significa un gran sacrificio. Por lo menos puede prestarlos sin arruinarse.

—Soy contrario a prestar dinero, porque el que presta dinero a un amigo, pierde dinero y pierde amigo.

Electra se mordió los labios.

—Olvide mi tontería —dijo—. No sé en qué pensaba el pedirle un favor tan grande.

—¿Por qué se refirió antes a «nuestra raza»? Usted no parece californiana.

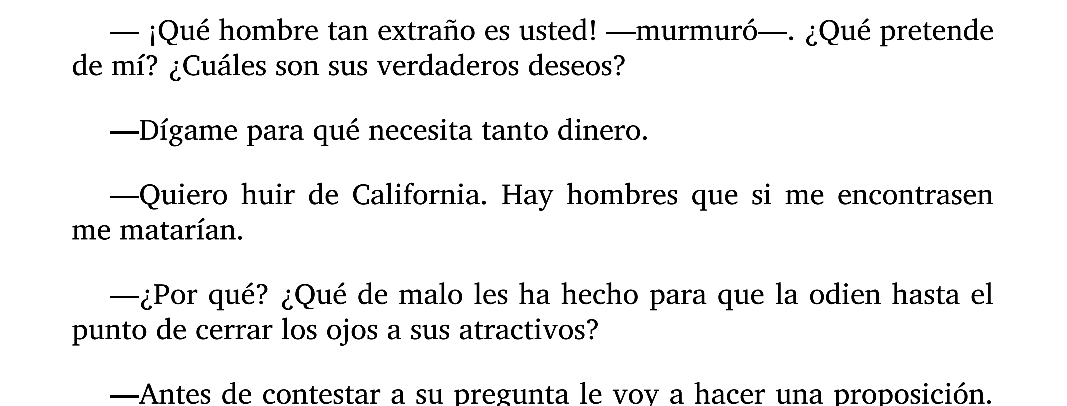
—Mi padre se llamaba Gálvez —respondió Electra— Galway es una transformación de mi apellido.

—¿Electra Gálvez? ¡Qué lindo nombre! Si es usted algo californiana tendremos que estudiar nuevamente su caso. Una californiana no puede faltar a su palabra. Pero, al mismo tiempo, las mujeres nunca han hecho demasiado honor a eso que los hombres respetamos tanto. Temo que si yo le diese tanto dinero nunca podría recuperarlo. ¿No tiene usted algo que venderme?

—¿Vender? ¿Mío? No comprendo…

—Está muy claro, señorita. Yo soy hombre práctico. Las mujeres prestan dinero a las mujeres y los hombres lo prestan a los hombres; pero el caso contrario nunca se da. Las mujeres regalan dinero a los hombres y los hombres lo dan a las mujeres. A mí no me gusta perder dinero. Me molesta pensar que tengo una cantidad y saber que no la tengo, porque nunca me la podrán devolver. Prefiero entregarla; pero no regalarla. Véndame algo, señorita Galway.

Electra miró fijamente a don César.



— ¡Qué hombre tan extraño es usted! —murmuró—. ¿Qué pretende de mí? ¿Cuáles son sus verdaderos deseos?

—Dígame para qué necesita tanto dinero.

—Quiero huir de California. Hay hombres que si me encontrasen me matarían.

—¿Por qué? ¿Qué de malo les ha hecho para que la odien hasta el punto de cerrar los ojos a sus atractivos?

—Antes de contestar a su pregunta le voy a hacer una proposición. ¿Tiene una baraja?

Don César buscó en sus mangas, como si guardara en ellas colecciones de barajas.

—No —dijo irónico—. Hoy no he traído ninguna. No pensé que pudiera llegar a necesitarlas.

—Ya sé que un caballero no lleva naipes en los bolsillos. Si hice la pregunta fue para darle la oportunidad de usar unas cartas en las cuales tuviera usted plena confianza. Si la tiene en las que se usan en este local…

—¿Por qué no? —Don César se volvió hacia la puerta del *Alhambra* y llamó—: ¡Camarero! —Y luego—: Una baraja nueva.

—¿Española o francesa?

—Española. Es decir, si a la señorita no le importa.

—Me da lo mismo —contestó Electra—. Conozco los dos tipos de naipes.

El camarero regresó con una baraja que aún conservaba los precintos de fábrica.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el californiano—. ¿Quiere los naipes?

—No —rechazó Electra—. Rompa el envoltorio, baraje las cartas y deje tres boca abajo, sobre la mesa, frente a usted. Yo no debo verlas.

Don César barajó rápidamente los naipes, cortó y, por último, puso sobre la mesa tres cartas boca abajo.

—¿Y ahora qué?—preguntó.

—¿Quiere apostar mil dólares a que adivino una de esas tres cartas? Cualquiera. La que usted me indique.

—¿Lectura de pensamiento? —preguntó don César. —No, porque usted no sabe cuáles son. ¿O lo sabe?

—No, no lo sé.

No puede ser lectura del pensamiento. Van los mil dólares. Pero si pierde, ¿cómo me los pagará?

—No perderé —aseguró Electra, cuyos ojos parecieron encenderse con intenso fuego.

Estuvo un rato con la vista fija en las cartas. Luego, con voz muy débil, inquirió:

—¿Qué carta desea conocer?

—Esta —contestó don César, señalando la que estaba a su derecha. —Seis de copas —respondió en seguida Electra. Don César descubrió la carta. Era, en efecto, el seis de copas.

—¡Asombroso! —exclamó—. ¿Cuál es la trampa?

Electra lanzó un hondo suspiro. —No hay trampa —dijo.

—¿Naipes marcados?

De nuevo Electra Galway dijo que no con la cabeza.

—Si no tiene confianza en estas cartas pida otras o vaya usted en persona a comprarlas. ¿Se atreve a repetir? Necesito cinco mil dólares.

—¡Aah! ¿Y quiere ganarlos así?

—Le doy la oportunidad de recobrar los que ha perdido.

—Bien. Van otros mil; pero... no se ofenda si echo una mirada a los naipes. Me parece muy raro eso de adivinar las cartas.

Un detenido examen de las tres cartas ofrecidas a Electra no reveló señal alguna en ellas.

—Parecen honradas —admitió, por fin, don César—. No crea que

me aseguro por tacañería. Cuando un mago me concede la oportunidad de examinar la caja dentro de la cual piensa hacer pedazos a una mujer que luego aparecerá entera, siempre la aprovecho y miro y registro. Sé que hay una trampa; pero me gustan las trampas hábiles. Siendo su maestro el Profesor Perkins tiene que haber aprendido usted trucos muy hábiles.

—No hay truco, señor. Hay algo en mis ojos que me permite ver a través de los dorsos de las cartas. Un médico me dijo una vez que yo poseía una extra-sensible capacidad de percepción. La gente vulgar dice que soy bruja o que tengo pacto con el diablo. Hace unos años, o unos siglos, me hubieran quemado en una plaza pública o en un arrabal.

—Sin embargo, yo no creo en ese poder. Tengo un criado que es capaz de leer los pensamientos ajenos...

—Pero usted no miró las cartas. Usted no sabía cuáles eran. No pudó transmitirme lo que ignoraba

—Tiene razón. Probemos otra vez

—Hasta un total de cinco. No necesito más.

Don César colocó otras tres cartas boca abaje y de nuevo Electra adivinó la que señaló el hacendado.

—Me empieza a convencer —dijo éste.

Volvió a mezclar las cartas y por tercera vez la joven adivinó el naipe. Don César observó, al fijarse en sus ojos, que éstos se habían oscurecido. Cuando Electra estudiaba con intensa fijeza las últimas tres cartas, don César volvió a observar el oscurecimiento de sus pupilas. Tal vez ello se debía a su dilatación. O acaso se tratase de un simple reflejo.

Sacando su cartera, don César extrajo de ella cinco billetes de mil dólares que entregó a la joven.

—Los ha ganado —dijo—. Ahora explíqueme el truco.

—Le he dicho la verdad —aseguró Electra, cogiendo los billetes y doblándolos cuidadosamente hasta hacer con ellos una corta tira. Un momento después don César oyó el crujir de las enaguas, debajo de la mesa, y adivinó que Electra escondía su fortuna en un lugar muy corriente.

—¿Necesita huir de California?

—Sí.

—¿Quién la persigue?

—Ya se lo dije.

—¿Es por algo relacionado con su habilidad para ver las cartas?

—S… sí.

—¿Dónde quiere ir?

—A Filipinas. Mi madre era de allí.

—¿Mestiza? —Sí.

—¿Y su padre?

Electra se encogió de hombros. —¿Fue idea de su madre el llamarla Electra?

—No.

—¿Cree que el haber perdido cinco mil dólares no me da derecho a preguntar detalles de su vida?

—Si cree que he hecho alguna trampa puede acudir a la policía y obligarme a que le devuelva su dinero.

—No se trata de eso. Yo sé perder. Pero antes de jugar ya estaba seguro de que usted me ganaría, señorita Galway. Si accedí a dejarme ganar fue pensando en que me contaría algo de su vida. Me interesa mucho usted.

—Lo siento. No es usted el primero que ha confesado su interés hacia mí.

— ¿Y ninguno tuvo mejor éxito?

— Ninguno.

—Pues… no la molesto más. Adiós. Que tenga un feliz viaje.

—Gracias. No olvidaré su amabilidad. Y algún día le devolveré su dinero.

—Olvídelo —rió don César—. Yo lo doy por bien perdido.

Súbitamente, el rostro de Elena se descompuso.

—Un momento —pidió en voz baja—. ¿Le importaría que le acompañase unos minutos?

—No. ¿Por qué?

—Y si el Profesor le preguntara cuánto me ha dado... ¿podría decirle que sólo mil dólares?

—Pide usted muchos favores. Pero también este se lo puedo conceder.

Electra cogió del brazo a don César y antes de marchar con él guiñó un ojo a Perkins.

—Esta chica vale más de lo que pesa en oro —comentó el Profesor, dirigiéndose a «Nigger» Jos.

CAPITUL0 III

JUAN ANTONIO

Caminaron juntos un rato. Electra Galway se apoyaba suavemente, aunque más de lo necesario, en el brazo de don César. Este fingió no advertirlo y Electra sacó varias equivocadas conclusiones.

—Gracias por su ayuda —dijo, de pronto, deteniéndose y retirando la mano del brazo de su compañero.

—¿Teme a ese profesor? —preguntó don César.

—No; porque sé cuándo es peligroso.

—Usted no es su sobrina.

—No. El me ayudó a salir de los poblados mineros. Yo le ayudo a ganar dinero; pero él se imagina que su papel es más importante que el mío y exige la mayor parte del dinero que ganamos. Por eso le pedí que redujese a mil dólares su donativo.

—¿Qué clase de hombre es el Profesor?

—Uno de tantos que hablan más de lo debido. ¡Le odio!

—¿Y él la odia?

Electra se encogió de hombros.

—Es un viejo que no se ha dado cuenta de que los años no le permiten volar tan alto como él quisiera.

—¿Está enamorado de usted?

—Sí. Pero eso no le impide quitarme el dinero. Lo hace para que no pueda huir de su lado. ¿Irá usted a la fiesta del Palacio Ibáñez?

—Temo que no podré hacerlo. Estoy casado y mi esposa no se halla en condiciones de frecuentar ninguna fiesta.

—¿Enferma?

—No se puede decir que sea enfermedad lo que tiene. Esperamos un nuevo heredero.

—¡Ah! —Electra expresó decepción—. ¡Qué lástima! No sé qué ocurre en la vida, que todos los hombres interesantes ya están casados. Siempre fracaso en mis esperanzas. Es como si siempre llegara tarde a tomar el tren de la felicidad.

—Me siento muy halagado por sus amables palabras, señorita Galway —sonrió don César—, y lamento muy de veras que mi sentido de la caballerosidad y del honor sea tan estricto como es. Le aseguro que si alguna vez he sentido deseos de ser un poco canalla, es en esta ocasión. Sus bellos ojos justificarían cualquier locura.

Electra soltó una carcajada.

—¡Es usted único, don César! Nunca había oído una declaración semejante. ¿Me cree descocada?

—En la mujer hermosa, hasta los defectos son cualidades.

—Eso es tanto como decir que le parezco atrevida.

—Me parece peligrosa. Unos ojos como los suyos no deberían poderse llevar sin un permiso de armas. Adiós, señorita Galway o Gálvez. He tenido mucho gusto.

La besó la mano y alejóse convencido de que había desconcertado a la extraña joven.

Lo que hubiera deseado conocer era el verdadero motivo de la presencia de Electra Galway en Monterrey. Estaba seguro, aunque sin poseer base alguna en que sustentar su seguridad, de que existía una relación entre la muerte de José Juan González y la presencia de Electra Galway y el Profesor en Monterrey.

Varios años antes...

Don César alejó sus recuerdos.

—No quiero pensar. —se dijo—. Quiero vivir en paz y no meterme ya en más líos. Que los González se las compongan como quieran, o como puedan.

Volvió al Palacio Ortega. Se estaba preparando la comida. Guadalupe seguía cosiendo en la biblioteca. Al mirarle las manos, don César adivinó que algo anormal ocurría. Se movían nerviosamente, y mucho más a medida que él se iba acercando. En cambio el rostro pugnaba por conservarse inexpresivo.

—¿Ocurre algo? —preguntó don César.

—Nada. ¿Qué va a ocurrir? —Guadalupe soltó una nerviosa risa—. ¿Te ha sentado bien el paseo?

—Maravillosamente. ¿Está César por ahí?

En el enorme parque-jardín del Palacio Ortega sonó un disparo.

— ¡Eh! ¿Qué ha sido?

—César está enseñando a su hermana a manejar un revólver. Sin esperar más, el hacendado salió por la puerta que daba a la terraza y de allí corrió hacia el punto de donde se había elevado una nubecilla de humo.

Encontró a César tendido en el suelo entre Leonorín y Eduardito, empuñando uno de los pequeños revólveres calibre 22 con la mano izquierda y un 45 de larguísimo cañón, con la derecha.

—Observad la diferencia de sonido —decía.

Apretó el gatillo del 22, cuya detonación sonó como el estallido de un fulminante. Al fondo del sendero, en cuya entrada estaba el hijo

mayor de don César, una caja de lata dio un saltito al recibir el impacto.

—Y ahora fijaos bien en la voz de este caballero.

Leonorín se tapó los oídos y entornó los ojitos, mientras Eduardo erguía el cuerpo y se mordía los labios.

César apuntó unos segundos contra la lata y, por fin, disparó. El contraste entre un disparo y otro fue como el de un cañonazo comparado con un pistoletazo. Esta vez la caja de lata dio un salto en el aire de casi un metro, envuelta en nubes de polvo y arena. Leonorín palmoteo de alegría. Y Eduardito sonrió.

—¿Los estás fogueando? —preguntó don César a su hijo.

—Hola, papá —saludó César, volviéndose hacia su padre y sentándose en el suelo—. Sí, les estoy enseñando cosas de provecho. A esta chiquilla la están estropeando enseñándole a jugar con muñecas.

—Se supone que para eso ha nacido niña.

César se levantó y levantó a su hermana en brazos.

—¿Verdad que a ti te gustan más los revólveres, Leonorín?

La niña dijo que sí con enérgicos cabezazos, luego tendió las manos a su padre que se las besó. Eduardito pugnó en vano por ocultar su envidia o decepción.

—Debes ir con cuidado y no convertir a tu hermana en un pistolero. La feminidad es el tesoro número uno de las mujeres. ¿Qué revólver es ése?

Don César cogió el arma con que había disparado su hijo.

—Es un cuarenta y cinco especial —explicó el muchacho—. Encargué diez a la casa Colt. No quisieron hacer menos. Han costado muy caros. Casi doscientos dólares cada uno.

—¿Y para qué necesitas diez revólveres como éste? Un rifle te hubiera servido para lo mismo. El cañón no hubiese sido mucho más largo.

—Dispara con él, papá, y verás la diferencia entre mi revólver y esas vulgaridades que usáis los mayores.

Don César examinó el arma. La culata, guardamonte, gatillo y percutor eran idénticos a los de cualquier 45. Pero la similitud no seguía más adelante. El cilindro era mucho más largo y más robusto, el cañón también era más largo y grueso, con la peculiaridad de que en su extremo de la parte superior aparecía perforada por una serie de pequeños agujeritos, mientras la parte inferior conservábase intacta.

—¿Para qué sirven estos agujeros? —preguntó.

—Dispara y lo verás. Ten en cuenta que los cartuchos llevan doble carga de pólvora. Por eso he alargado el cañón, pues si fuese tan corto como los corrientes, parte de la pólvora se consumiría fuera del cañón.

—Saltará como una liebre —comentó don César, adivinando la utilidad de aquella serie de agujeros en el extremo del cañón; pero no queriendo privar a su hijo del placer de explicársela.

—Dispara y verás —rió el joven.

Don César apuntó a la lejana caja y disparó una vez. La visión del blanco elegido quedó oscurecida por un surtidor de vapores que brotó de la parte superior del cañón. Sin embargo, a pesar de la exagerada carga de pólvora, la bala había pegado en el centro mismo del blanco escogido por don César. Este disparó otras cuatro veces hasta agotar la carga del cilindro y ni una sola vez se desvió un centímetro del blanco.

— ¡Maravilloso! —comentó, examinando de nuevo el arma.

—¿No comprendes la solución? —preguntó César, dejando a su hermana en el suelo y olvidándose de cuanto no fuera su pasión por las armas—. Estos agujeros de la parte superior del cañón sirven para compensar el brinco del revólver al estallar la enorme carga que llevan los cartuchos. Es como un freno, pues los vapores de la pólvora, al salir parcialmente por la parte superior, dominan el salto del revólver. El único inconveniente está en que la pólvora ensucia mucho los orificios y hay que limpiarlos con escobillas de alambre y algodón; pero a cambio de esto se tiene la ventaja de un alcance doble, al de un cuarenta y cinco corriente. Lo he comprobado. Además, una mayor seguridad en el tiro. Tengo una máquina para hacer cartuchos de latón y estoy haciendo experimentos con pólvoras de distintas clases, para ver cuál es la más práctica.

—Ten cuidado —observó don César—. No serías el primero que se ha volado la cabeza haciendo experimentos con pólvoras vivas. Sobre todo no quieras reducir el peso del revólver, pues todo cuanto le

quites de peso lo reducirás en solidez. Y ahora vamos a comer. Esta noche se da un baile de máscaras en el Palacio Ibáñez. Irás en mi representación.

—¿En? —César enrojeció como si le hubieran abofeteado — ¡papá! ¡Yo no voy a casa de ese hombre!

—¿Por qué no? —preguntó fríamente don César.

—¿Y me lo preguntas tú? ¿Qué californiano puede pisar la casa del comodoro Hobson sin humillarse y ensuciarse? Ha sido un verdugo.

—Todo eso pasó ya. Hobson es un simpático caballero muy rico.

—¿Rico? ¿Gracias a qué? Supongo que no te lo debo preguntar, aunque me extraña que no le hayas marcado nunca.

—Hobson es el amo del juego en California —sonrió don César—. Ya lo sé. Wardell le paga sus impuestos, como todos los que tienen una casa de juego. Hobson garantiza paz y orden, seguridad en los cobros y en los pagos. Un sinvergüenza expulsado de la Marina por ciertos pecadillos que se guardaron secretos porque es diabólicamente listo y supo complicar en sus artimañas a varios almirantes que eran inocentes, pero que hubiesen parecido culpables si se hubiese dado publicidad al escándalo. Hobson es un hombre magnífico. No sólo en el bien se encuentran grandes hombres. También en el mal existen cerebros privilegiados. Hobson es uno de ellos. Ya sabes que yo soy amigo suyo.

—No me siento orgulloso por ello.

—Ya te he dicho demasiadas veces, hijo mío, que en esta vida a veces no podemos evitar el mancharnos los pies de barro si queremos llegar al otro lado de la calle. Ni tú ni yo hemos creado al hombre malo. Se da en la vida por generación más o menos espontánea, como la cizaña y las amapolas entre el trigo. No nos queda otro recurso que transigir con los hombres malos, vivir con ellos, sonreírles, y procurar que nos causen el menor daño posible.

—Por eso los evitaré yo siempre.

— ¿Quieres que te cuente una anécdota, César?

—Supongo que tú quieres contármela.

—Eso es. Conocí en cierta ocasión a un hombre que vivía en San

Luis, Missouri. Era un hombre que odiaba el agua en abundancia, o sea que odiaba el mar y los ríos caudalosos. Como es lógico, no sabía nadar. Yo le dije en varias ocasiones, que el saber nadar es muy práctico para librarse de los peligros de morir ahogado. El me respondía que no moriría ahogado porque nunca se embarcaría, ni cruzaría un río, ni un lago, ni un estanque. Como tú, creía poderse salvar del peligro evitándolo. Tú evitas tratar con gente mala. El evitaba cruzar agua. Pero un día el Missouri se hinchó, creció, salió de su cauce, llegó a casa de mi amigo y lo ahogó. Si mi amigo hubiera sabido nadar habría llegado hasta la barca en que unos amigos suyos íbamos a socorrerle. Pero se ahogó porque no conocía el agua más que en botella o en una palangana.

—Quien ama el peligro, perecerá en él, papá. Lo dice la Biblia.

—Más vale precaver, que lamentar. Es un viejo refrán. Ayer mataron a José Juan González. Supongo que ya lo sabes.

César dijo que sí con la cabeza.

—¿Conoces la historia de los González?

—Sí… Es decir, creo que la conozco.

—¿Los admiras?

—Creo que han sido muy valientes.

—¿Con razón o sin ella?

—Las dos cosas. En principio tuvieron razón.

—Eso es. Fueron humillados, escarnecidos y heridos en sus más puros y nobles afectos. Se vengaron cumplidamente; pero a tres de ellos les ocurrió lo que ha sucedido a tantos otros. No supieron detenerse una vez satisfecha su venganza en los verdaderos culpables. Después de matar a quienes lo merecían, siguieron matando a los amigos de los culpables, y luego a los conocidos y, por fin mataron por el gusto de matar, que ya se les había convertido en una necesidad. Fray Donoso no les siguió en su carrera y supo retirarse a tiempo. En los demás se va cumpliendo la maldición bíblica de que a hierro morirá el que a hierro mate.

—Es lógico que los menos sean vencidos por los más. Los González se entregaron a una lucha superior a sus fuerzas.

—Mientras no cruzaron los límites de la simple justicia, tuvieron ayuda y encontraron refugio en todas las gentes de su raza; pero un día sospecharon una traición y mataron a un campesino que los había acogido en su casa. Lo mataron a sangre fría, porque sí, porque les pareció que los pensaba denunciar para ganarse unos miles de dólares. Aquel día perdieron simpatías y apoyos. En adelante ya no pudieron confiar en los campesinos, pastores y vaqueros californianos. Ya no contaron con los avisos oportunos que les permitían huir a tiempo de sus perseguidores. Y al fin, desconfiando de ellos mismos, se separaron. Juan José y José Juan por un lado, y Juan Antonio por otro. Este es el mejor de los tres, sin contar a fray Donoso.

—¿Y qué tiene que ver esto con mi asistencia a la fiesta de Hobson?

—Un simple presentimiento. Quiero que observes a una mujer. Tiene el rostro achinado y los ojos extraordinariamente verdes.

—Y se llama Electra Galway, canta canciones de Foster y anoche estaba sentada en la misma mesa de juego que González.

Don César no pudo dominar una exclamación de asombro.

—¡Muchacho! ¿Cómo lo has sabido?

—De verdad que no lo sé. Tratando de averiguar unas cosas supe otras. A González le vieron en el *Alhambra Palace*. Jugando contra dos hombres de Hobson. Jugadores profesionales. Y otros dos que no pertenecían a la pandilla. Esa Electra Galway estaba con uno de los hombres de Hobson; pero no jugaba.

—Bien. Me alegro de no haberme equivocado. Salí a averiguar algo acerca de la muerte de González; pero no pude hacerlo. Habría tenido que preguntar demasiado directamente. Hubiese despertado sospechas. Ahora me interesa más que nunca que esta noche vayas al palacio Ibáñez. Lleva unas cartas marcadas y, si se presenta la oportunidad, juega y gana.

—Eso no me gusta. Me descubrirán en seguida.

—Así lo deseo.

—Pero hacer trampas es… deshonroso.

—Ya lo sé; pero ten la seguridad de que la noticia no será divulgada. Hobson es buen amigo mío y tomará tu trampita como una travesura. Le conozco y sé que no desea que se produzca un escándalo

en su casa.

—¿Qué más he de hacer?

—Abrir bien los ojos y tomar nota, mentalmente, de cuanto veas.

Llegaron a la casa y pasaron al comedor. Guadalupe esperaba sentada, y apenas levantó la cabeza para saludar a su marido. En cambio, la sonrisa que dirigió a su hijastro fue cariñosa y sincera.

Nadie habló mucho durante la comida, y el joven César se dio cuenta de que algo se había estropeado en las relaciones entre su padre y su madrastra. A la hora del café llegó el doctor García Oviedo.

—Siéntese, doctor —invitó don César—. Hoy hemos hecho un descubrimiento magnífico.

Volviéndose hacia su mujer, pidió:

—¿Quieres encargar que nos traigan una botella?

—Sí —replicó secamente Lupe, levantándose y saliendo del comedor. Ya no volvió a entrar. Fue Anita quien trajo, sobre una bandeja de plata repujada, una botella con gollete de plata, llena de un ambarino licor.

—¿Qué es? —preguntó García Oviedo.

Don César llenó una copita y se la ofreció al médico, que aspiró cautamente el licor.

—Parece ron —musitó.

—Y es ron de cien años, por lo menos. De Puerto Rico. Lo trajo el bergantín Trinidad en mil setecientos noventa, como regalo de don Germán de Iturbe a don Julio Ortega. Se trata de un ron extra, superpurificado. Mucho más claro que el corriente y, además destilado con guayaba y piña. Por fortuna al señor Ortega no le gustaba el ron y metió las barricas en la bodega, en un rincón donde fueron desapareciendo bajo una larga serie de trastos inútiles que se iban bajando a la bodega. El amigo Iturbe fue tan generoso que envió treinta barricas de veinticinco litros cada una. Barricas de roble americano. Un tesoro, querido doctor.

Este bebió unos sorbos y asintió con la cabeza.

— ¡Es divino! —exclamó—. Pero ¿qué clase de hombre era ese

Ortega a quien no le gustaba el ron? ¡Y este ron, precisamente!

—Un ser triste y melancólico. Si alguna vez intentó alegrarse debió de ser con el cuadrito de la biblioteca y los resultados que obtuvo debieron de ser muy decepcionantes.

—Tenemos que alegrarnos de que no le gustara, pues nosotros salimos beneficiados...

Anita entró en aquel momento, anunciando:

—Vienen de la Misión a recoger el cuadro, señor.

—Voy en seguida. ¿Viene, doctor?

García Oviedo dijo que no con la cabeza.

—Prefiero quedarme. Si acaso, cuando se marchen, saldré a despedirlos. Iré a charlar con Guadalupe. Me ha parecido algo melancólica, también.

—Cuídela bien, doctor.

Don César salió con su hijo hacia la biblioteca, donde ya le esperaban varios franciscanos de la misión de San Juan Bautista.

—¡Qué pronto han venido! —exclamó. Fray Donoso explicó:

—Estaban en Monterrey para arreglar unos asuntos de tierras con las autoridades y al darles yo la grata noticia no pudieron esperar más.

—Su generosidad, don César, no será olvidada jamás por la Iglesia —dijo el superior—. Tal vez algún día nuestra casa podrá servirle de refugio.

—Mejor que no, padre —replicó don César—. Mejor que no. Ahora vendrán a llevarse el cuadro. Sobre todo a descolgarlo.

En esta tarea se invirtieron casi tres cuartos de hora y al fin, entre monjes y criados, el pesado cuadro del Greco fue colocado en una carreta tirada por cuatro mulas. Iba envuelto en mantas y atado con cuerdas. Bien defendido contra golpes y roces.

—En cuanto podamos colocarlo en su lugar celebraremos una extraordinaria función religiosa, don César —dijo el superior—. ¿Querrá asistir a ella?

—Con muchísimo gusto —prometió el hacendado, besando la mano del fraile y saludando con una sonrisa a fray Donoso, cuya respuesta careció de cordialidad o, por lo menos de espontaneidad.

Don César pensó que el extraño humor del fraile se debía únicamente a la muerte de su hermano, y en cuanto la comitiva de frailes, que iba detrás de la carreta, desapareció hacia la entrada del parque, él regresó con su hijo a la biblioteca. —Voy a hacer quemar esa tela y a poner otro cuadro más alegre —dijo.

—¿El retrato de mamá?

—Si tú lo quieres...

—Me gustaría. ¿Qué le pasa a Lupe?

—No debe de encontrarse bien. Quédate aquí mientras yo voy a ver qué puede hacerse.

Para llegar al saloncito privado de Guadalupe tenía que cruzar frente al comedor, y ya casi había pasado de largo cuando sus ojos recordaron el inverosímil cuadro que había observado. Volviendo sobre sus pasos, se detuvo en el umbral del comedor. Junto a la mesa de espaldas a él, se hallaba de pie un fraile franciscano con la cabeza cubierta por la capucha y ocupado en servirse en un vaso de los de agua, una buena dosis del ron de Puerto Rico.

Un franciscano dispuesto a meterse entre pecho y espalda un cuarto de litro de ron centenario no era un espectáculo corriente ni lógico.

—Cuidado con las piernas, padre —dijo don César, adelantándose —. Ese néctar se las va a doblar.

—No tenga miedo, don César —replicó el fraile sin volverse—. Tengo buenas piernas y buena cabeza.

La echó atrás para vaciar de un trago el vaso y, al hacerlo le resbaló la capucha, descubriendo una cabeza no sólo libre de tonsura, sino poblada por una rebelde y negra cabellera.

—¿Qué tal? —preguntó el falso fraile, volviéndose hacia don César.

—¿Es un alegre disfraz o se trata sólo de un disfraz utilitario?

—Utilitario, querido amigo. ¿No me conoce?

—No sé qué decirle —sonrió don César—. Si se disfrazó debió de

hacerlo con el fin de no ser reconocido por nadie.

—Usted es distinto. He venido a pasar unos días aquí.

—Ahora comprendo por qué estaba tan turbado fray Donoso.

—Veo que me ha reconocido.

—Desde luego, Juan Antonio González.

El otro sonrió.

—Buena memoria tiene el caballero Echagüe. Temí que no quisiera reconocerme.

—Si me hubiera servido de algo...

—¿Le molesta mi presencia?

—Pues... No es como para dar una fiesta de celebración.

—Ofrecen once mil dólares por mi cabeza.

—Una suma exagerada excepto para usted.

—¿Cree que no vale tanto mi cabeza?

—No lo sé; pero como todo el mundo, al hablar de usted, ha dicho que era una mala cabeza. Considero mucho precio para una mala cabeza.

—¿Gracioso?

—Trato de disimular mi inquietud. No esperaba semejante visita. ¿Vino con los frailes?

—Detrás de ellos. Encontré a un franciscano que iba rezando sus oraciones sin ver dónde ponía los pies. Le quité el hábito. Luego vine aprovechando la reunión de frailes congregados aquí para llevarse el cuadrito. Mi pobre hermano se llevó un buen susto. Me parece un buen refugio. Procuraré no abusar de su amabilidad. ¡Buen licor! ¿De dónde lo ha sacado?

—De un barril. Y el barril de la bodega. Puede seguir bebiendo.

—Gracias. Ya tengo bastante, por ahora. Sin embargo, encargue que me lleven unas botellas a mi habitación. Porque supongo que no

tendrá ningún inconveniente en que me quede aquí y no pensará, ni por un instante, en denunciarme a las autoridades.

—No. Soy hombre práctico y no quiero exponerme a que esta casa, que me ha costado tanto dinero, se convierta en campo de batalla. Porque usted haría resistencia, ¿no?

—No iba a dejar que me ahorcasen sin defender mi piel. No me cogerán vivo.

—Le voy a dar unos consejos, señor González. Márchese de California y renuncie a la lucha contra sus enemigos. Ellos son los más fuertes y acabarán venciéndole.

—¿Cree que un hombre solo no puede combatir contra esa chusma de extranjeros? —preguntó Juan Antonio, cuyos negros ojos brillaron como azabaches.

—Lo que no puede es vencer a esa… chusma. Combatir sí puede; pero sin esperanzas ni posibilidades de victoria.

—El «Coyote» lleva años peleando contra ellos. ¿Cree que yo soy menos?

—Es cuestión de opiniones. Lo único que sé es que el «Coyote» tiene amigos en todas partes, amigos que hablan todos los idiomas. En cambio usted no los tiene.

—Tengo este amigo que vale por todos —replicó González, sacando de debajo del hábito un revólver de seis tiros.

—No se fíe de él. Esa clase de amigos funcionan mientras tienen cartuchos.

—Los cartuchos son fáciles de adquirir. Y baratos.

—El día en que el pulso le flaquee, el amigo en cuestión no le servirá de nada.

—¡Bah! Falta tiempo para eso. Y no discutamos más. ¿Le molesta que me quede?

—Ya le respondí antes a esa pregunta. No me alegra. Pero no pienso denunciarle. Es usted lo bastante loco para hacerse matar sin necesidad de que nadie le facilite el camino. Por lo demás puede disponer de mi casa.

—En el jardín he visto una puerta en el muro, que debe de dar al campo. Necesitaré la llave de esa puerta.

—¿Piensa salir de noche?

—Claro. No he venido a Monterrey a aburrirme. Tengo amigos y… amigas.

—Si los visita vestido de fraile llamará la atención.

—Ya me dejará usted alguna ropa. Tenemos parecidas estaturas.

—Es cierto —sonrió don César—. No lo había advertido, ¡Qué casualidad! ¿Prefiere un traje negro o uno gris?

—Negro, desde luego. No voy a salir de noche vestido de tórtola. ¿Me llevo esta botella o me enviará otra?

—Le enviaré una más manejable. ¿Quiere que le haga subir la cena?

—No. Cenaré con la familia. Supongo que esto le molestará, ¿no?

—Al contrario, será un placer poder presentar a un famoso proscrito. Sólo le ruego que procure comer como un caballero.

.—¿Qué quiere decir? ¿Cómo comen los caballeros?

—Con tenedor y cuchara. Y si hay guisantes no se los meten en la boca con ayuda del cuchillo. Es muy fácil; pero tal vez en las sierras no usan de tantos detalles.

Juan Antonio empezó a reír estrepitosamente.

—Bien —dijo luego—. Muy bien. Bajaré a cenar; pero no olvide que a veces disparo sin demasiado motivo.

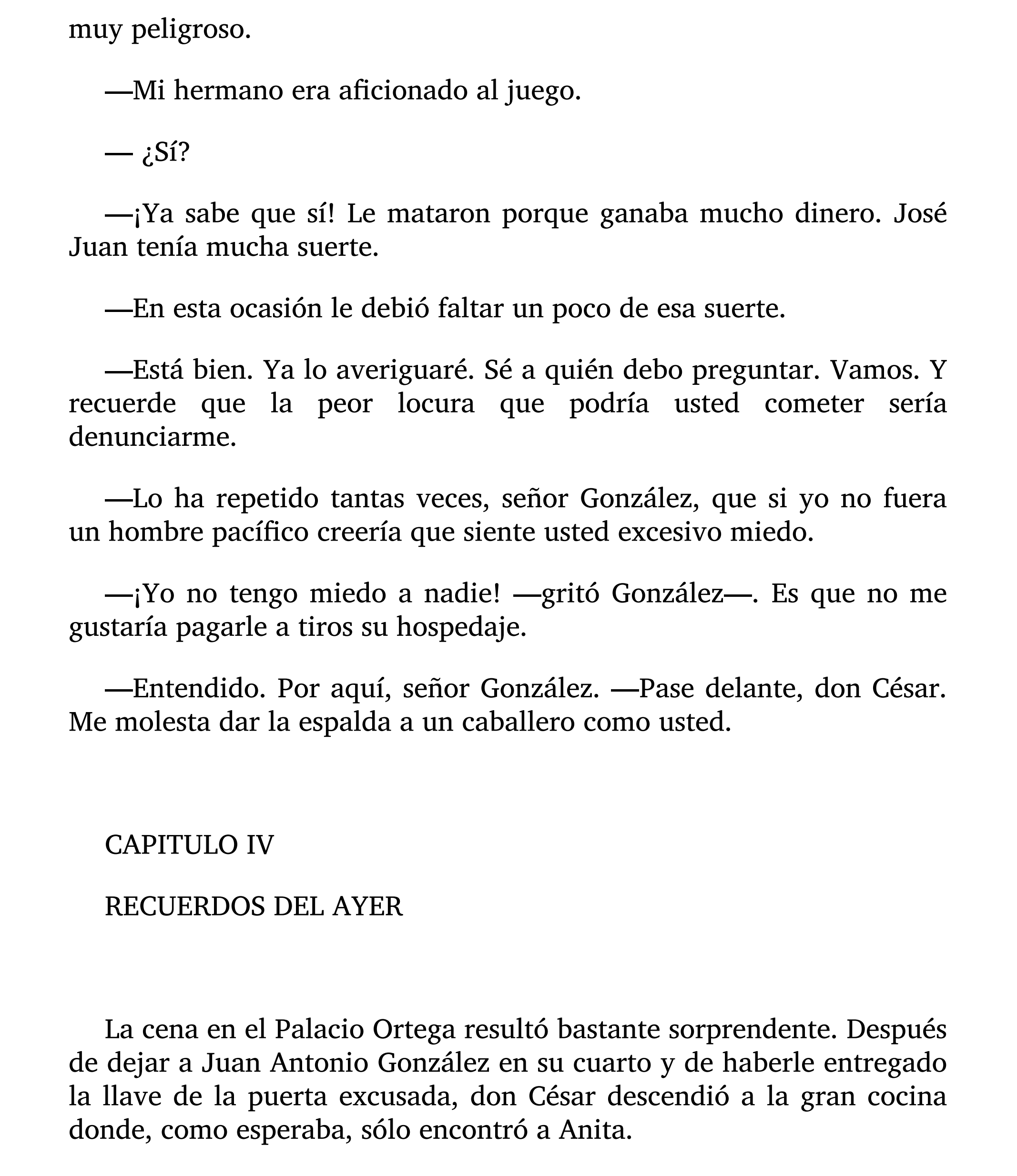
—Procuraremos no darle ninguno.

—¡Ah! Un momento, don César. ¿Sabe quién mató a mi hermano?

—¿Su hermano? No. No tengo la menor idea.

—¡Qué raro! En un pueblo como Monterrey todo se sabe.

—Entonces salga a la calle y pregunte a cualquiera. Yo procuro no saber nunca nada. La curiosidad es un defecto que, a veces, resulta



muy peligroso.

—Mi hermano era aficionado al juego.

— ¿Sí?

—¡Ya sabe que sí! Le mataron porque ganaba mucho dinero. José Juan tenía mucha suerte.

—En esta ocasión le debió faltar un poco de esa suerte.

—Está bien. Ya lo averiguaré. Sé a quién debo preguntar. Vamos. Y recuerde que la peor locura que podría usted cometer sería denunciarme.

—Lo ha repetido tantas veces, señor González, que si yo no fuera un hombre pacífico creería que siente usted excesivo miedo.

—¡Yo no tengo miedo a nadie! —gritó González—. Es que no me gustaría pagarle a tiros su hospedaje.

—Entendido. Por aquí, señor González. —Pase delante, don César. Me molesta dar la espalda a un caballero como usted.

CAPITULO IV

RECUERDOS DEL AYER

La cena en el Palacio Ortega resultó bastante sorprendente. Después de dejar a Juan Antonio González en su cuarto y de haberle entregado la llave de la puerta excusada, don César descendió a la gran cocina donde, como esperaba, sólo encontró a Anita.

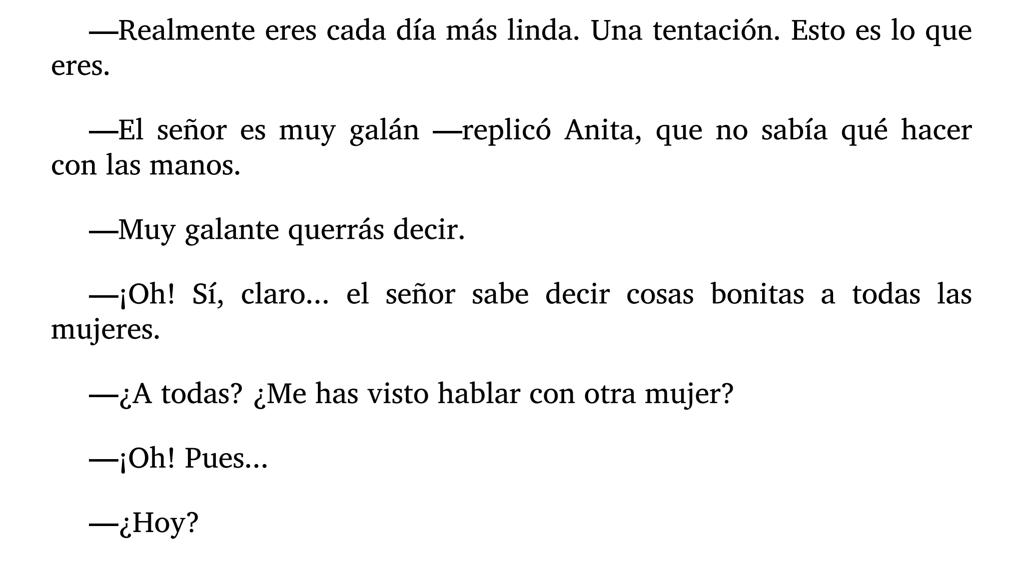
—Hola, pequeña —saludó.

—¡No tan pequeña, señor! —protestó Anita.

—Sí, pequeña. Porque creces mucho más en belleza que en estatura.

Anita se sofocó.

—¡Oh, señor! —exclamó, bajando la vista.



—Realmente eres cada día más linda. Una tentación. Esto es lo que eres.

—El señor es muy galán —replicó Anita, que no sabía qué hacer con las manos.

—Muy galante querrás decir.

—¡Oh! Sí, claro... el señor sabe decir cosas bonitas a todas las mujeres.

—¿A todas? ¿Me has visto hablar con otra mujer?

—¡Oh! Pues...

—¿Hoy?

—¡Oh! Pues... ¿Yo qué sé, señor?

—¿Me viste con una señorita hace unas horas? ¿Y tuviste celos? Anita saltó de cabeza en la trampa:

—¡No, señor! ¡Yo no tuve celos! Y si se lo dije a la señora fue porque creí que ella no se enfadaría. ¡Pero yo no soy quién para tener celos!

—Desde luego que no. Eres demasiado bonita para sentir celos de ninguna otra mujer. Adiós, Anita, y procura tener la lengua menos suelta. Te expones a cometer un terrible desaguisado.

—¡Perdón, señor!

Don César ya sabía el motivo del mal humor de Guadalupe. Y sabía, asimismo, que el intentar justificarse no serviría de nada.

—Olvídate de esto, Anita, y no vuelvas a hablar más del asunto. Limítate a recordar que lo has olvidado todo.

—Sí, señor.

Don César pasó el resto de la tarde dirigiendo la bajada del cuadro de la biblioteca, en cuyo lugar colocó el que años antes había hecho pintar de Leonor de Acevedo. A la hora de la cena, Guadalupe comentó, hiriente:

—Podías haberme consultado si me gustaba o no que se pusiera el cuadro de la biblioteca.

—No creí que te molestara su presencia.

—No me molesta —respondió Lupe, enrojeciendo ante la mirada de censura que le dirigió el joven César—. Pero me gusta poder opinar.

—Ya has opinado —replicó don César, y volviéndose hacia Anita, ordenó:

—Avisa a nuestro huésped que la cena está servida. Le encontrarás en la habitación que se arregló para los invitados.

Salió Anita desconcertada por la noticia, y Guadalupe miró interrogadoramente a su marido.

—Es un invitado forzoso —explicó don César.

—¿Te lo han impuesto?—preguntó Lupe.

—Se impuso él, que no es lo mismo.

—¿Quién es?

—El último de los González. No debes temer nada. Es sólo asesino, ladrón de Bancos, salteador de trenes y cuatrero. Me ha prometido estar poco tiempo en casa.

—¿Y cómo le has tolerado…? —protestó Lupe.

Don César se encogió de hombros.

—Tenía un revólver —dijo.

—¡Pero tú…! —Lupe estaba roja como la grana—.

No malgastes en mí tus dotes de actor. Si no te hubiera complacido humillarme, como esta tarde, no le hubieses permitido la entrada.

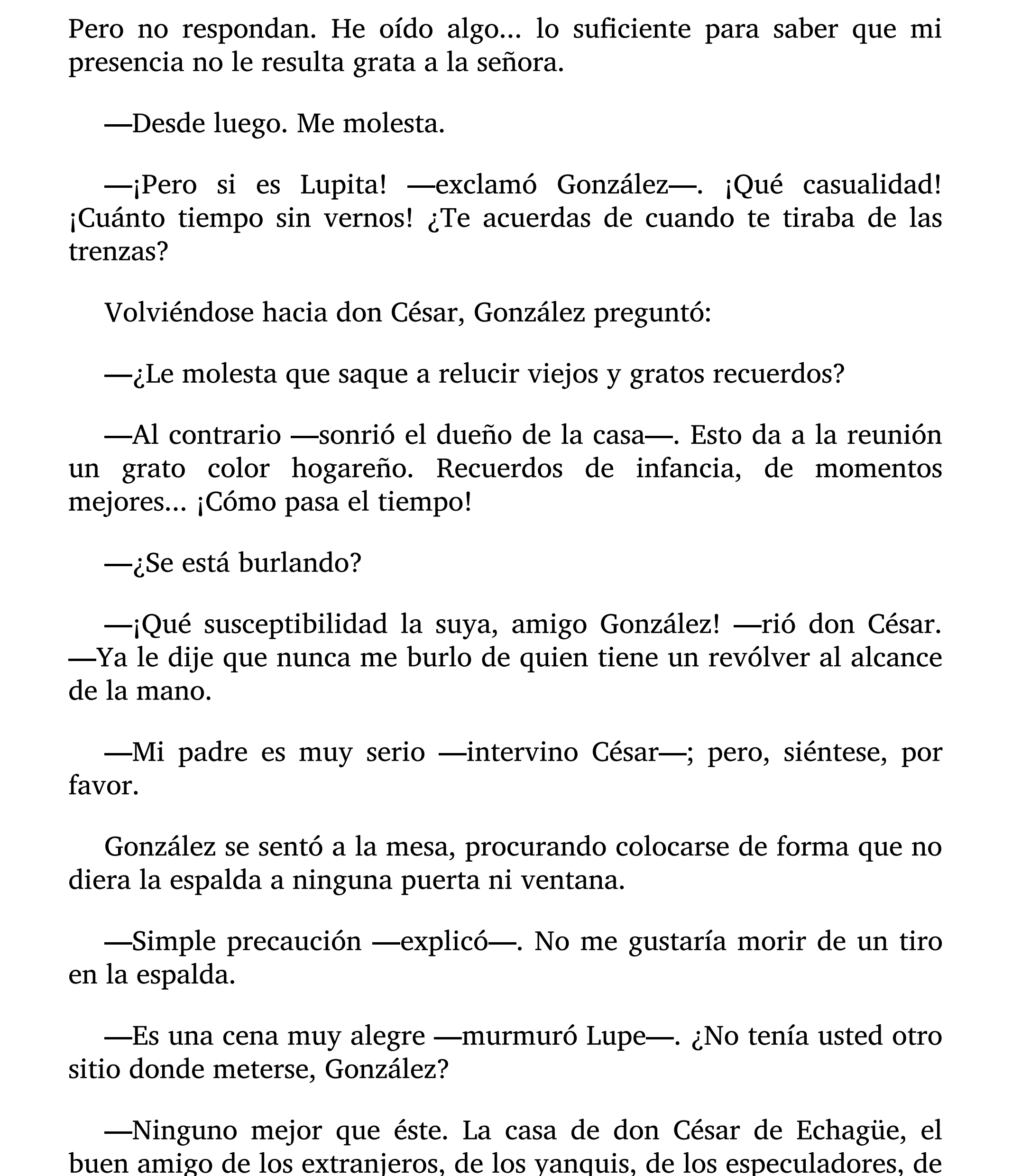
—¿Te humillé esta tarde? —preguntó don César.

—¡Sí! Y ya sabes con qué clase de mujer.

—¡Por favor! —protestó César—. Estás ofendiendo a papá.

—¡Me alegro! Sólo siento no poderle ofender mucho más. ¡Pero mucho más!

—¿Estorbo? —preguntó González, desde la puerta del comedor—.



Pero no respondan. He oído algo... lo suficiente para saber que mi presencia no le resulta grata a la señora.

—Desde luego. Me molesta.

—¡Pero si es Lupita! —exclamó González—. ¡Qué casualidad! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Te acuerdas de cuando te tiraba de las trenzas?

Volviéndose hacia don César, González preguntó:

—¿Le molesta que saque a relucir viejos y gratos recuerdos?

—Al contrario —sonrió el dueño de la casa—. Esto da a la reunión un grato color hogareño. Recuerdos de infancia, de momentos mejores... ¡Cómo pasa el tiempo!

—¿Se está burlando?

—¡Qué susceptibilidad la suya, amigo González! —rió don César. —Ya le dije que nunca me burlo de quien tiene un revólver al alcance de la mano.

—Mi padre es muy serio —intervino César—; pero, siéntese, por favor.

González se sentó a la mesa, procurando colocarse de forma que no diera la espalda a ninguna puerta ni ventana.

—Simple precaución —explicó—. No me gustaría morir de un tiro en la espalda.

—Es una cena muy alegre —murmuró Lupe—. ¿No tenía usted otro sitio donde meterse, González?

—Ninguno mejor que éste. La casa de don César de Echagüe, el buen amigo de los extranjeros, de los yanquis, de los especuladores, de los opresores.

—¡Aaaay! —suspiró don César—. Me parece estar oyendo la voz de una conciencia. Pero no de la mía.

¿Qué le parece la sopa, González?

—Buena. Pero no me negará que tengo razón en lo que digo. Usted ha traicionado a nuestra raza.

—¿Yo? ¿A nuestra raza? ¡Por Dios, González, no diga eso! Yo no me he preocupado lo más mínimo de mi raza. Me tiene sin cuidado lo que sea de ella. Las razas nunca agradecen lo que se hace por ellas. Ya ve su caso. Tanto exponer su vida en bien de la raza, y sin embargo, tiene que andar refugiándose en casa de un enemigo de su raza, porque, por lo visto los amigos se niegan a dar importancia a eso de la buena o mala raza.

—Palabras no faltan.

—Afortunadamente.

—Usted y yo estamos en campos opuestos.

—También le responderé lo mismo: afortunadamente.

—Le daría miedo estar en mi situación, ¿no?

—Sí. Mucho miedo.

—Si no me hubieran fallado unos cuantos cobardes y unos muchos ambiciosos, yo me habría convertido en el caudillo de la independencia de California.

César observaba a González, sin poder dominar su emoción. Las palabras del proscrito le sonaban como bella música. Había oído hablar del intento de rebelión de los González y siempre había ignorado las causas que provocaron el fracaso.

—Alguien se cruzó en mi camino y anuló mis esfuerzos. —¿Por qué no lo consiguió? —inquirió César. Don César esbozó una sonrisa.

—Entonces yo estaba fuera de California —dijo— No conozco la historia.

Guadalupe le miró de reojo; pero no hizo ningún comentario.

—¿Se hubiera unido a nosotros? —preguntó González.

—¡Qué barbaridad! —protestó don César—. Yo soy incapaz de unirme a una causa perdida, González. Siempre lo he evitado. Ya sé que las causas perdidas poseen un inmenso atractivo; pero son terriblemente incómodas. No conducen a nada práctico. Pero seguramente el «Coyote» debió de estar de su parte, ¿no?

—¡El «Coyote»! —González lanzó un bufido. Luego repitió, despectivo: — ¡El «Coyote»! Ese es otro mito que debe destruirse.

—De acuerdo —asintió don César—. Da a nuestra California un prestigio sombrío, trágico. La gente que viene a visitarnos siempre está temiendo tropezarse con él.

¿Usted no ha hecho nada por acabar con el «Coyote»?

—He hecho lo humanamente posible; pero se me ha escurrido siempre de entre las manos. Lo he tenido acorralado varias veces; pero esos campesinos malditos le han ayudado y ha podido escapar siempre.

—¡Caramba! ¿Y se interpuso el «Coyote» en sus planes de independencia?

—Sí. Cuando ya teníamos todos los hilos bien tendidos y faltaban sólo unas horas para apoderarnos de todo el armamento encerrado en el Fuerte Moore, el «Coyote» se interpuso. Lo estropeó todo, nos amenazó con dar la señal de alarma y colocarnos a todos un nudo en el cuello.

—¡Pues sí que se portó mal el «Coyote»! —exclamó don César—. ¡Y yo que nunca supe nada de ello! ¿Estaba complicado don Goyo en el asunto?

—No.

—¿Es posible que haya existido un conato de rebelión en el cual no haya figurado don Goyo Paz? ¿Y tampoco los hermanos Lugones?

—Se acobardaron.

—A lo mejor tuvo que recurrir a una partida de yanquis, ¿no?

—Indios y algunos extranjeros —musitó Juan Antonio—.. Yo no era el jefe supremo. Mi hermano José Juan dirigía las operaciones. Era un gran chico.

González se sirvió un vaso de vino tinto y lo vació de un trago como si quisiera borrar tristes recuerdos. De pronto se levantó y tirando la servilleta, dijo:

—Me marcho. No tengo gana. Volveré tarde. No se preocupen por mí. ¡Esta noche mataré al asesino de mi hermano y saldaré muy viejas cuentas!

Salió del comedor a largas zancadas. Don César indicó a su hijo:

—Prepárate para la fiesta. No sea que llegues demasiado tarde y te pierdas lo mejor del espectáculo.

—¿Llevo armas? —preguntó César.

—El llevar armas visibles es una prueba de mala educación. Demostrarías desconfianza en tu huésped.

César sonrió y saludando con un ademán a Lupe salió también del comedor. Guadalupe esperó un momento; al fin, preguntó:

— ¿No es raro que no desees averiguar el motivo de mi disgusto? ¿O es que no lo he demostrado lo suficiente?

—Demuestras mal humor; pero como nada he hecho para justificarlo, prefiero creer que ya se te pasará y que no obedece a nada importante.

—¿Crees que no has hecho nada que merezca que te justifiques?

—Nada.

Guadalupe se encogió de hombros.

—No hablemos más de ello —replicó—. Tendrás razón. Como siempre. ¿Te quedas en casa o sales?

—Salgo. Tengo que ir a unos cuantos sitios.

—¿A perjudicar a González?

—Tal vez a ayudarle.

—Hace años les deshiciste los planes cuando ya todo lo tenían preparado.

—Sí. Iban a meterse en una aventura superior a sus fuerzas. En el Moore había diez mil fusiles. Muchos millones de balas y no sé cuántos miles de libras de pólvora. También había cañones y una guarnición tan reducida que, realmente, era una tentación; pero no lo era para los californianos, sino para los partidarios del Sur. Ellos querían apoderarse de las armas y provocar una rebelión en California. Distraer fuerzas del Norte y, de paso enviar a Tejas treinta y tantos millones de dólares en lingotes de oro. Eso o... quedárselos para ellos. Los González fueron engañados por alguien que, casualmente, está ahora en Monterrey. Estaban en el apogeo de su fama de hombres terribles y tenían, incluso, una banda bastante bien

organizada. Acudieron a los hacendados y encontraron apoyo; pero la noche en que se debía asaltar el fuerte, yo intervine. Los hacendados y estancieros dejaron de acudir. Los peones, mestizos e indios que estaban acuartelados en el Rancho Marías, fueron disueltos por mí. Y por último, un alegre vividor se dejó un trozo de oreja en la aventura. Pudo haber sido peor. Todos tuvieron tiempo de poner tierra de por medio antes de que los soldados comenzaran a buscarlos.

—Pero los González obraban de buena fe.

—Juan Antonio sí. Lo que a ése le pasa es que tiene la cabeza muy dura y no quiere admitir lo que sus ojos están viendo. Le ocurre al revés de cierta personita que insiste en dar demasiado crédito a los ojos de los demás.

—¿Has hablado con el doctor García? —preguntó Lupe, sin responder al comentario de su marido.

—Desde esta tarde, no ¿Por qué?

—Teme complicaciones.

—¿Peligrosas?

—No sé. Habla con él. Es decir, si te interesa.

—No comprendo qué placer encuentras en amargarte la vida.

—Hay bebidas amargas, como la cerveza, que gozan de mucha popularidad. Buenas noches. Supongo que tardarás.

—No sé. Pero no debes perder la confianza en ti misma, Lupita. Sigues siendo la mujer más linda del mundo.

—Proviniendo de ti, tan buen conocedor de la belleza femenina, el piropo adquiere mayor mérito —sonrió Lupe—. Buenas noches.

Desde la puerta preguntó, irónica:

—¿Te atreves a dar tu palabra de honor de que esta noche no vas a ver a una joven de ojos verdes?

—Si pensara hacer una cosa así no tendría honor y podría darte, sin apuro, mi palabra.

—Es posible. Siempre tienes una contestación; pero no contestas a lo que te he preguntado, ¿verdad?

—Pienso ver a esa joven de ojos verdes; pero no estoy enamorado de ella.

—Menos mal. Es un consuelo que por lo que voy sabiendo tenemos que aceptar la mayoría de las esposas. Nos engañan; pero somos las preferidas. Si le sigues dando dinero, ten en cuenta que tu hijo ha hecho cálculos bastante exactos acerca de lo que va a heredar. Si continúas derrochando el dinero con cierta clase de mujeres, te expones a que la hacienda siga un mal camino. Adiós.

Esta vez, antes de que su marido pudiera replicar, César ahogó un bostezo con varias palmaditas sobre su boca y comentó:

— ¡Caramba con las mujeres! ¡Y hay quien imagina que la emoción de la vida termina en el momento en que el cura echa la bendición!

Estuvo un rato recostado en el sillón y, por fin, levantándose fue a vestirse. Su traje era idéntico al de Juan Antonio González.

CAPITULO V

EL BAILE DE MASCARAS DEL COMODORO HOBSON

En cualquier lugar y en cualquier reunión, por numerosa que hubiera sido, el comodoro Hobson se hubiera destacado. Su figura era impresionante. Alto, muy recio, sin llegar a grueso, rostro leonino, agresivo y fuerte. Su aspecto era el de un hombre nacido para mandar y para imponerse, incapaz de sujetarse a ninguna limitación física ni moral.

A los cincuenta y cinco años se conservaba ágil como un joven. Su apetito era admirable y gracias al mucho ejercicio, lograba que los buenos y abundantes manjares y bebidas no se tradujeran en excesivas adiposidades.

—No hay como, montar a caballo tres horas diarias, caminar otras tantas y no hacer la siesta —decía a la señora de Carreras, que le acababa de felicitar por su juvenil aspecto—. Los hispanoamericanos abusan demasiado de la siesta. Se dejan vencer por ella y luego pagan las consecuencias engordando como... Bueno, engordando demasiado.

La señora de Carreras desvió la conversación que había tomado un

rumbo nada agradable para su obeso marido.

—Es una fiesta muy agradable, comodoro —dijo abarcando con un movimiento de abanico el gran patio donde se daba el baile.

—Trato de cumplir un deber con California. Ella ha sido muy bondadosa conmigo. Me ha dado riquezas, bienestar…

—¿Y cómo no se ha casado usted, comodoro? —preguntó la señora Carreras, que sabía lo espinoso que este tema resultaba y, sobre todo, lo mucho que el oír mencionar el matrimonio fastidiaba a Lucius Hobson.

—Tal vez porque no encontré la mujer suficientemente heroica para cargar con mis defectos.

—El señor Hobson exagera —intervino José Carreras, dando con el codo a su mujer—. Sus cualidades son tan apreciadas como sus defectos, lo cual quiere decir que no los tiene. Me refiero a los defectos.

—Entonces hubo otro motivo —rió la señora de Carreras, ignorando los codazos—. ¿Se casó con otro la mujer amada?

—Si yo hubiera querido de verdad a una mujer, no habría dejado que se casara con otro —contestó Hobson.

—¿Y si a pesar de todo esa mujer se hubiera casado?

—Hubiese enviudado inmediatamente.

—¡Qué horror! No creí que los anglosajones fueran tan apasionados. ¡Son tan secos!

—La leña seca arde mejor que la verde, señora.

—¡Qué respuesta tan acertada! La fiesta es muy divertida. Hay muchos disfraces. Pero poca imaginación.

Por eso yo he preferido venir como a una fiesta normal. Sólo un poco de antifaz… He visto ya tres Coyotes. Es un disfraz muy sencillo; pero que me pone muy nerviosa. A lo mejor tras de alguna de esas máscaras se esconde el rostro del verdadero «Coyote.»

—El «Coyote» nada puede buscar en mi casa. No soy enemigo suyo. Al contrario. Además, no creo que esté en Monterrey.

—Hace poco actuó en el caso de los Ortega y Murdoc —dijo Carreras.

—Se ha dicho; pero creo que nadie le vio… —replicó Hobson, a quien estaba fastidiando la insulsa charla. Wheeler, su criado y hombre de confianza, vino a librarle de aquella molestia, aunque no le libró de preocupaciones.

—¿Me permite un momento, señor? —rogó—. Se trata de algo importante.

Hobson aceptó la mano que se le tendía.

—Sí, sí —dijo. Y volviéndose a los Carreras, pidió: —Les suplico me disculpen un instante.

Abogando a duras penas un suspiro de alivio, Hobson marchó con Wheeler, preguntando:

—¿Qué ocurre?

—A Nicholson le han quitado la invitación cuando se dirigía aquí. Un desconocido asaltó su coche y, pistola en mano, le quitó el dinero que llevaba, la invitación y hasta la documentación.

— ¿Y qué? Uno de tantos atracos… De noche Monterrey no es una ciudad segura.

—Cuidado, Lucius —replicó Wheeler, que en privado tuteaba a su jefe—. Me parece que te estás volviendo demasiado tranquilo… o blando.

—Y tú hablas demasiado — ¿replicó, amenazador, Hobson.

—Lo hago por tu bien. Ya lo sabes. Nicholson esté seguro de que no le atracaron sólo para quitarle el dinero que traía. El autor del atraco no se dio por satisfecho hasta encontrar la invitación.

—¿Y qué?

—La invitación de Nicholson ha sido ya recogida, sea que el ladrón está aquí.

—No creo que pueda hacer mucho daño.

—Hobson, estás cerrando los ojos a las realidades. ¿O es que te has vuelto…?

—Soy el de siempre. El que se está volviendo gallina eres tú. ¿Qué pasa? ¿Que en mi casa ha entrado un ladrón? ¿Y qué? No será el primero que cobijan estos muros. Ya daremos con él. Avisa a los muchachos y en cuanto lo descubráis ya sabéis lo que hacemos con ellos. Un saco de lona, unas piedras y… ¡ancha es la bahía!

Wheeler sonrió.

—Así me gusta oírte. No te preocupes. Lo haremos sin ningún escándalo. Pero hay algo más. ¿Quieres que pasemos a tu despacho?

—Bien. Vamos. Si es tan importante…

—Creo que sí.

Encaminándose a un lado del patio, penetrando bajo los arcos y cruzando por entre los invitados dirigiéronse hacia una habitación de la planta baja. Tenía esta habitación una gran ventana protegida por una bellísima reja que más parecía obra de un joyero que de un simple herrero. El aposento estaba decorado con muebles coloniales, tenía las paredes cubiertas de azulejos mejicanos y se iluminaba mediante una gran lámpara, también de hierro, que sostenía numerosos recipientes de cristal verde llenos de aceite sobre el que flotaban numerosas palomillas.

Wheeler cerró la puerta con llave y luego entornó la ventana. Y la hubiese cerrado de no advertir Hobson:

—No hombre, que nos vamos a asfixiar. Cuenta.

—Esta tarde, cerca de la playa, un fraile de San Juan Bautista fue atacado por un hombre que, revólver en mano, le obligó a quitarse el hábito y entregárselo.

—La Policía no sabe nada de eso —dijo Hobson—. Me lo habrían dicho.

—Los franciscanos no suelen ir a denunciar a quienes les causan daños o perjuicios. El perdonar a sus enemigos es un principio de religión y de ética. Pero nosotros tenemos otros medios de averiguar las cosas. La información viene de San Juan Bautista. Y dice, además, que fray Donoso estuvo casi dos horas en la iglesia, rezando y dando muestras de mucho abatimiento.

—Fray Donoso es el hermano del muerto —murmuró Hobson.

—Sí; pero ya no rezaba por la muerte de su hermano.

Hobson se frotó la nuca y las mejillas.

—¿Crees que el último de los González haya podido venir?

—Lo ocurrido lleva su marca de fábrica. En varias ocasiones se ha disfrazado de monje. No le tiene respeto a Dios ni al demonio. Su hermano trata de salvarle el alma a fuerza de rezos.

Hobson se paseó por el despacho.

—Cierra la ventana —dijo de pronto—. Y luego llama a Perkins. Quiero hablar con él.

—Más que hablar con Perkins deberías meterle en el saco y remitirlo al fondo del mar. Ese viejo te hará mucho daño. Te odia.

—Si todos los que me odian pudieran hacerme el daño que me desean habría muerto hace tiempo. Prefiero el odio a la compasión. Bill Perkins está en mis manos desde aquel asunto del intento de asalto al Fuerte Moore. Tengo pruebas muy graves contra él.

—Perkins te aborrece con toda su alma. Y es peligroso porque es dúctil. No es rígido. Se le puede doblar tantas veces como se quiera; pero no se le puede romper. Y lo de anoche fue proyectado por él.

—No existe fundamento alguno para tal creencia, Wheeler. José Juan se descubrió. —¿Y esa Electra Galway? ¿Qué? ¿Qué pinta en este asunto?

—Es una mujer muy hermosa.

La voz de Hobson se hizo soñadora:

—No sé; pero al verla me siento transformado. Como si algo dentro de mí se diluyera.

—Debe de ser el cerebro, que se te hace agua. Tú verás en el lío que te metes. González está aquí. Ha venido a matar a los que mataron a su hermano. Y no sólo a los que dispararon, sino también al que dio La orden, o sea a ti.

—Avisa a los muchachos y que vengan unos cuan tos más disfrazados de «Coyote.» Por una vez, ese buen enmascarado nos servirá de algo. Localiza a González con ayuda de Nicholson. En cuanto le descubras sácalo de aquí disimuladamente. Hazle hablar y,

según lo que diga, obra en consecuencia.

—Es más fácil decirlo que hacerlo; pero lo haremos. Y ve con cuidado con esa mujer. Esos ojos... Me dan miedo. Creo que es verdad lo de que leen a través de las cartas.

—¡Tonterías! Yo soy el amo del juego en California y sé que no existe semejante poder. Simplemente cartas muy bien marcadas.

—Otra cosa, Lucius. El hijo de Echagüe ha traído una baraja marcada y trata de hacer trampas. El cajero de la mesa de «póker» pregunta qué debe hacer.

Hobson se echó a reír.

—¡Caramba con el muchacho! Tráelo. Le daré un sermón. Y averiguaré algo.

CAPITULO VI

UNA LECCIÓN DE MORAL

El rubor de César no era fingido y Hobson acabó echándose a reír.

—No es para tanto, muchacho —dijo al fin—. Si te he hablado duramente ha sido por tu bien.

—No es usted la persona más indicada para darme lecciones de moral, señor Hobson —replicó el joven.

—Desde luego. Soy un viejo pecador, lo reconozco. Pero mi mal ejemplo puede serte útil. No es ningún secreto para nadie que yo fui expulsado de la Armada truncando una carrera muy brillante. Por lo menos en honores. Habría llegado a ministro de Marina, quizá. Pero a mí no me atraen los honores vacíos de sustancia. Me gusta palpar mi éxito. En la Armada hice cosas muy feas que en un principio parecían muy inocentes. Obsequié a mis superiores, les obligué a aceptar regalos que no tenían mucha importancia y que demostraban mi generosidad; mas un día se descubrieron las cosas. Se supo que yo había utilizado cañoneros y «cutters» de los Estados Unidos para ciertas operaciones de contrabando. Fui arrestado y se abrió un expediente. Inmediatamente comenzaron a aparecer documentos,

cartas, recibos. Cositas que antes no habían tenido importancia, pero que en aquellos momentos demostraban que, en apariencia, cuatro almirantes y un secretario de ministerio tenían relaciones conmigo. Que ellos también habían chupado del bombón que yo había preparado. Mis abogados fueron hábiles. Prometieron un buen escándalo en unos momentos en que el país estaba dividido en dos bandos. Esclavistas y abolicionistas. El triunfo de los segundos dependía de que se echara tierra al asunto. Así se hizo. Fui ascendido y se me concedió el retiro. Aun estoy cobrando mi sueldo.

—Con esa explicación no se hace usted ningún favor.

Hobson se encogió de hombros.

— ¿Qué importa? Si hubiera sido menos prudente, mi culpa no hubiese sido menor; pero, en cambio, ahora estaría yo en un presidio de las Tortugas o de la costa de Virginia, pudriéndome como un estúpido más. Y lo que te quería decir, muchacho, es que al hacer trampas en una mesa de juego te has jugado la vida, porque si cualquiera de tus adversarios hubiera querido matarte, nadie le hubiese negado la razón.

—¿Y qué? ¿Quiere matarme?

—¡No, por Dios! Al contrario. Tengo en mucho la amistad de tu padre y quiero darle una prueba de cómo le aprecio —Hobson señaló a la mesa, agregando— Ahí tienes papel y pluma. Escribe lo que te voy a dictar. Se trata de una carta a tu padre explicándole que has hecho trampas en mi casa.

César se encogió de hombros y, obedeciendo, redactó una breve nota en la cual reconocía su culpabilidad.

Hobson cogió la carta, la leyó y movió afirmativamente la cabeza.

—Muy bien —dijo—. ¿Te gusta la idea de que tu padre sepa esto?

—No —mintió César.

—Yo podría romperla y olvidarlo todo si tú, a cambio, me dijeses algo que me interesa conocer. Se trata de Juan Antonio González. ¿Le has visto?

César fingió meditar.

—¿Se refiere al González que mataron anoche? —preguntó.

—No. A su hermano.

—¿Al fraile?

—Al otro.

César movió negativamente la cabeza.

—No, señor. No lo he visto nunca.

—Como quieras.

Hobson hizo sonar una campanilla y a poco entró Wheeler, después de llamar a la puerta e identificarse.

—¿Llamaba el señor? —preguntó, de nuevo en su papel de simple criado.

—Sí. Ya sabes dónde vive el señor de Echagüe, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Llevarás esta carta de mi parte. No es necesario que esperes contestación.

César sudaba de angustia. No por el temor a su padre, ya que se había limitado a cumplir sus instrucciones, sino porque éstas no habían sido lo bastante claras y detalladas, y ahora se encontraba con que no sabía qué hacer.

«Debo portarme como si de veras temiese que mi padre me descubriera y, al mismo tiempo, no debo decir nada que le comprometa,» pensó.

En voz alta continuó:

—Por favor, señor Hobson, No haga eso.

—Sal un momento —ordenó el dueño de la casa a Wheeler—. Quédate fuera. Ya te llamaré cuando te necesite.

Salió el criado y Hobson volvióse hacia el joven.

—¿Dónde está González?

—No sé nada de él, señor. Se lo aseguro.

—Veo que no quieres colaborar.

—Es que no sé ni una palabra de ese hombre.

—Fray Donoso estuvo esta tarde en vuestra casa a recoger un cuadro, ¿verdad?

—Sí.

—¿No pidió a tu padre que diera cobijo a su hermano?

—Esta mañana pidió dinero para enterrar a su hermano asesinado.

—¿Te habrías enterado, si González estuviese oculto en el palacio Ortega?

—Supongo que sí. Mejor dicho, estoy seguro de que lo sabría.

—¿Has visto alguna vez esto? —preguntó Hobson mostrando a César un dólar.

—He visto muchos. Puede que ese también lo haya visto.

Hobson se lo guardó en el chaleco.

—No, creo que no lo has visto. Toma la carta y no vuelvas a jugar con trampas. Otra vez podrías tropezar con alguien malo.

César volvió a sentirse desconcertado. El papel de tramposo cogido con las manos en la masa le resultaba muy difícil de representar.

—Me marcharé en seguida —dijo.

—No es necesario. Baila. Encontrarás a muchas jóvenes que se alegrarán de que las saques a bailar.

CAPITULO VII

EL PROFESOR PERKINS

«Nigger» Joe fingió templar el banjo e inclinándose hacia su compañero anunció:

—Allí está, Profesor. Junto a la columna del tiesto verde de

geranios.

Perkins miró hacia donde indicaba el banjista. Un hombre vestido de negro, a la moda californiana, con el rostro cubierto por un antifaz y con las manos hundidas en los bolsillos, observaba la colorida escena que se desarrollaba bajo el puro cielo californiano tachonado de millares de estrellas. El gran patio era cuadrángular, abierto a la noche, con un surtidor en el centro y rodeado de un porche de arcos pintados de blanco y rojo. Un tejado intensamente rojo coronaba los porches. Al fondo se levantaba la casa, recia, pesada y, no obstante los gruesos muros de piedra y ladrillo cocido, resultaba ligera y alegre. Más como dibujada que construida. Infinidad de farolillos de hierro forjado con cristales multicolores, daban luz al patio, al cual llegaba también la claridad que brotaba de las ventanas del rancho palacio. Sillas, sofás, divanes y sillones de toda clase ocupaban los laterales. Un ángulo del patio se había dispuesto para servir bebidas y comida fría. El otro ángulo estaba ocupado por un tabladillo para las orquestas que se iban turnando. En aquellos momentos en el tabladillo estaban «Nigger» Joe y Electra Galway. El público era muy variado. Pocos naturales del país y muchos inmigrantes. La diferencia entre unos y otros era tan clara que no podía ocultarla ningún antifaz. Junto a la reposada cortesía y serenidad de los californianos, el nervioso gesticular y manotear de los yanquis. Junto a los severos trajes negros, los chillones tejidos escoceses e ingleses. Pero había alegría, y en apariencia, por la con fraternización que advertíase, podía decirse que la Vieja California se había unido estrechamente con la joven Norteamérica.

—¿Estás seguro? —preguntó Perkins a Joe.

—Sí. Es él. Estoy seguro.

El Profesor buscó a Hobson entre los invitados. No viéndole encargó a Electra:

—A ver si te luces. Sobre todo cuando veas al señor Hobson. Si lo cazaras te llevarías un magnífico pez.

Electra le dirigió una mirada de disgusto.

—No hables así —pidió—. Es demasiado viejo para que me interese.

—Los viejos son los que tropiezan más fácilmente con unos ojos bonitos. A ver si te luces, pequeña —repitió—. Voy a hablar con un amigo.

Adelantándose hacia el extremo del tabladillo, Electra anunció con gangoso inglés y luego en igualmente gangoso español:

»—Señoras y caballeros yo les voy a cantar una triste y romántica composición de Foster. «Nuestro Amo yace en la tierra fría.» Ya comprendo que esta noche es demasiado alegre para canciones tristes; pero en la misma alegría que se desborda de todos los corazones encontrará mi canción la contrapartida necesaria. Tal vez las risas suenen menos argentinas en los labios de las bellas señoritas. Tal vez a algún galán la voz se le enronquezca al pronunciar una palabra de amor junto a un alabastrino oído; pero eso será sólo un corto momento. Sólo se trata de una bella y romántica canción del maestro de todos los maestros.

Electra vestía de blanco, con la falda ligeramente abombada, como una dama del siglo XVIII. Lucía un adorable busto y los mejores aplausos que sonaron en honor a ella llegaron de manos masculinas. «Nigger» comenzó a arrancar las melodiosas notas de la canción, y Electra, con su extraña y misteriosa voz, cantó:

Por los campos va rodando

de los negros la triste canción,

lágrimas blancas derramando

porque se ha muerto el noble patrón.

La tonada era conocida y muchos labios la coreaban en silencio. Perkins se dirigió hacia el hombre del traje negro y le alcanzó cuando Electra cantaba:

Duerme el patrón pinto al maizal,

la caña dulce y el algodón.

—Hola, González —saludó Perkins, colocándose junto al hombre.

—Sssst —pidió el otro—. Esa chica canta muy bien.

—Mucho. Pero usted ha venido a algo más, ¿no?

—¡Sssst! —ordenó el otro—. No quiero perderme la última canción de esa muchacha.

—Aún cantará otras.

—Todas serán las últimas. Porque en sus ojos leo la proximidad de la muerte.

—¿Desde tan lejos?

—Y también la leo en otros ojos.

—¿En los del dueño de la casa?

—Pregunta demasiado, Profesor.

—¡Hola! Creí que no nos habíamos visto nunca.

—Mi hermano me habló de usted. Me dijo que le debía la vida.

—¿A mí? —Perkins rió broncamente—. No creo haber hecho nada por él.

—Pues mi hermano decía que le estaba muy agradecido. Los amigos de mi hermano son mis amigos —y González ofreció la mano izquierda a Perkins, explicando—: No le ofrezco la derecha porque la tengo acariciando la culata del revólver. ¿Le molestará que le prive de su compañera de aventuras?

—En su lugar yo no la mataría aún, González —dijo Perkins—. Si yo fuese usted, lo que haría sería asaltar esta casa con mi gente y llevarme a Electra Galway a un sitio seguro. Hobson pagará por ella una fortuna.

—¿Está enamorado? ,

—No. Eso es otra cosa.

—Desembuche lo que tenga que decir, Profesor.

—Aquí no puede ser. En otro lugar. Yo odio a Hobson tanto como usted. El asesinó a su hermano. Y en cuanto a mí... me ha hecho mucho daño. Yo sería rico si él no se hubiera interpuesto en mi camino. Le odio tanto como al «Coyote.»

—Por ahí veo muchos «Coyotes» —replicó González.

—Son simples fachadas. Gente de Hobson distribuida para vigilar. No son peligrosos.

—Llevan armas. ¿Por qué los ha vestido de «Coyote»?

—Un capricho de hombre rico. Rico gracias al dinero que ha ido robando a los incautos. Pero le ha llegado la hora. Lo supe cuando hizo asesinar a su hermano. Inmediatamente comprendí que usted vendría a vengarle y lo dispuse todo para que su venganza y la mía se unieran en una sola más fuerte y más terrible.

—Déjese de palabrería. ¿Qué tiene que decirme?

—Sólo una pregunta. ¿Tiene usted su gente cerca?

—Es mucha pregunta. Aunque mi hermano se fiara de usted, yo soy más desconfiado.

—Está bien. No me diga nada. Pero su éxito depende de que pueda hacer raptar a Electra.

— ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver esa cantante con Hobson?

—Mucho más de lo que el propio Hobson imagina. Pero cuando llegue el momento hablaré, aportaré pruebas y Hobson nos dará mil kilos de oro a cambio de… de la chica. Sí puede comunicar con su banda organice el rapto. Dentro de un cuarto de hora Electra Galway pasará a una habitación que da a la calle del Junco. Allí tiene su camerino. Es fácil sacarla. En la puerta, por fuera, hay un llamador en forma de corona. Todos los otros llamadores son distintos. Nos reuniremos dentro de cinco minutos en el arco tercero comenzando a contar por la izquierda desde el bar. Le diré algo importante.

—Está bien. Compartiré la fe de mi hermano. Pero me gustaría saber cómo le salvó la vida.

—Ni yo lo sé. Hace años nos encontramos cerca de San Bernardino poco antes de que él y su otro hermano fueran detenidos. Fue amable y generoso. Vi que le gustaba mucho jugar y le regalé un dólar que a mí me había traído mucha suerte. No volví a verle hasta ayer. Estaba ganando y Hobson pidió la ayuda de Electra Galway para que averiguara qué cartas tenía José Juan González.

—¿Ella las averiguó?

—Sí. Se usaban barajas marcadas de fábrica. Muy difíciles de descubrir, a menos que se tenga una vista prodigiosa. Entonces su hermano empezó a perder; pero al fin debió de comprender la verdad porque se puso desagradable. Hobson dio la orden de matarle.

—Le espero donde hemos convenido, Profesor. Dése prisa.

—Avise a su gente. Puede dar un golpe fantástico. En joyas hay por lo menos un par de millones. Esos descendientes de los conquistadores están cargados de perlas de las que pescaban para ellos sus esclavos en el Pacífico, junto a las costas de Méjico. Con esas perlas resolveríamos nuestras vidas.

—Dése prisa y busque esas pruebas que se necesitan para fastidiar a Hobson.

Se alejó Perkins, y González aprovechó el momento en que todas las miradas estaban fijas en Electra, que agradecía los aplausos que se le tributaban, para deslizarse hacia una enrejada ventanita que daba al exterior. Al cabo de unos segundos de estar allí notó la presencia, al otro lado, de uno de sus hombres.

—Aparicio —llamó.

—Jefe. ¿Entramos pegando plomazos?

—Aguarda. He cambiado un poco mis planes.

Cuando terminó sus instrucciones, que duraron menos de un minuto, se dirigió hacia el punto de cita con Perkins. Tendría que aguardar unos momentos. Se disponía a hacerlo con un vaso de vino en la mano y una lonja de enrollado jamón en la otra, cuando sus riñones notaron el desagradable contacto del cañón de un revólver.

—No se ponga fiero, González —dijo una voz, junto a su oído—. Si quiere seguir adelante por las buenas, hágalo; pero a la primera travesura que intente le lleno el vientre de plomo. Y hay otros para intervenir si consigue algo. Fíjese en ellos. No suelte, pues, el vino ni el jamón. Hobson quiere hablarle en plan de amigos. Vamos.

González conocía diez medios de librarse del hombre que estaba tras de él. Desde tirarle a la cara el vino hasta partirle una espinilla de un taconazo, pasando por un seco y combinado golpe de codo izquierdo y puño derecho; pero la colección de «Coyotes» que rondaban cerca, con las manos muy próximas a sus armas, eran un obstáculo inevitable.

—Bien. No intentaré nada —dijo, pensando en lo que a última hora podrían conseguir sus hombres—. Vamos a ver al dueño de la casa.

Hobson le recibió en su despacho. Cuando Wheeler hubo librado de su antifaz al detenido, Hobson le miró tristemente.

—Hola, González. Se ha tomado demasiadas molestias para acabar tan mal.

—Aún no he acabado —replicó González.

—Ese es mi deseo. ¿A qué ha venido? ¿A matarme?

—A vengar a mi hermano. Usted le mató.

—Le hice matar, que no es lo mismo. Llegó a Monterrey con unos miles de dólares. Los perdió. Pero si lo que usted quiere es recobrar ese dinero, mis hombres se lo darán, le acompañarán hasta dos leguas de Monterrey y le dejarán ir en paz. ¿Acepta?

—No. He venido a terminar con usted, Hobson.

El dueño de la casa esbozó una triste sonrisa.

—Pretende un imposible. Está en mis manos y puedo hacer con su vida lo que me plazca. Hay un premio sobre su cabeza. Si le matase, todo el mundo me lo agradecería. Es decir, todo el mundo menos usted. Pero eso es natural. Por mala que sea su vida, para usted resulta buena. Mas, aunque puedo matarle sin remordimiento y sin peligro, el hecho de conocer algunos detalles de su vida me impulsan a ser comprensivo y benévolo. Por eso le ofrezco la oportunidad de marcharse de Monterrey y hacerse ahorcar en otro sitio.

—Algún motivo habrá para que un ser tan poderoso como usted, comodoro Hobson, se apiade de un insignificante bandolero cuya cabeza fue puesta a precio hace años, a pesar de lo cual este bandolero conserva su preciada cabeza sobre sus anchos hombros.

Hobson miró a Wheeler, quien observó:

—Este caballero se está poniendo tonto, Lucius. Y los tontos sólo atienden a los palos,

—No —replicó Hobson, negando con la cabeza—. Por una vez quiero ser justo. No soy ningún santo, y tampoco lo es el señor González. Entre los lobos existe una camaradería que sólo se rompe cuando uno quiere quitar al otro el derecho de gobernar la manada. Ese no es nuestro caso. Yo soy el jefe de los míos y nadie pone en duda mi autoridad ni la discute. Mi organización de juegos de azar es perfecta en California, González. Usted lo sabe, ¿no?

—Sé que de cada dólar que al fin de la semana se gana en cada

garito de California, cinco centavos son para el comodoro Hobson.

—En los pueblos, sí —rectificó Hobson—. Pero en las ciudades importantes cobro diez centavos por cada dólar ganado. A cambio de ello ofrezco amplia protección a mis amigos. ¿Lo entiende, González? Amplia protección. Si algún desesperado asaltó alguna vez una casa de juego situada dentro de los límites del Estado de California, no vivió mucho tiempo más y raras veces llegó, incluso a gastar lo robado. Mi organización ofrece, además de la garantía de que nadie asaltará impunemente la caja de un garito, por importante o insignificante que sea, la seguridad de que hasta el último centavo robado será devuelto a su dueño. Siempre he hecho honor a mis compromisos.

—Eso nada tiene que ver con lo mío —dijo González.

—Se equivoca. Tiene mucho que ver. Y porque sé que si le cuento la verdad usted no se sentirá muy feliz, prefiero ofrecerle esta solución. Olvide lo ocurrido con su hermano. Salga de Monterrey, No vuelva a poner los pies en esta ciudad y a cambio de ello acepte diez mil dólares.

—¿Es el precio de la vida de mi hermano? —preguntó González.

—No pago ninguna vida. Es un obsequio. Yo sé por qué lo hago. —Pero yo no, y no me gusta recibir dinero sin saber por qué.

—A caballo regalado no le mires el diente —dijo Wheeler—. Acepte el dinero y làrguese en malhora.

—Un momento —pidió González—. ¿Qué importancia le da usted, Hobson, a esa cantante de ojos verdes?

—No le entiendo.

—Quiero decir que si estaría usted dispuesto a dar me esa mujer en lugar de los diez mil dólares.

Hobson frunció los labios, inclinó la cabeza y, por último, levantándola, miró fijamente a González.

—¿Qué es lo que en realidad pretende usted?

—Me gusta la chica. Si me la da, no le molestaré nunca más.

—Esa mujer es el mejor y más seguro de los medios de vida con que cuenta el Profesor —observó Wheeler—. Sería una buena jugada.

—No me gusta —replicó Hobson—. Todavía queda en mí un poco de decencia.

—Demasiada —replicó el criado—. La chica es peligrosa. Dásela a éste y el pobre Perkins se morirá de hambre en cuatro días. Y en cuanto a. ella... No creo que le moleste irse con este buen mozo.

González observaba atentamente a Hobson. Recordaba las palabras de Perkins y buscaba, inútilmente, algún detalle o expresión que indicara la real importancia que para el famoso comodoro tenía Electra Calway.

—Está bien —dijo de pronto Hobsen—. Aceptado; pero antes de cerrar el trato, González, quiero su promesa de cumplir mis órdenes.

—¿Qué órdenes? —preguntó el proscrito.

—Salir en seguida de Monterrey. Y no poner nunca más los pies en este lugar. Es decir, no volver a Monterrey, ni a San Francisco, ni a Los Angeles. No interponerse en mi camino. Y no entrar en ninguna casa de juego. Si faltase a esta promesa, nada podría salvarle de mi castigo.

—De acuerdo —replicó González—. Déme la chica y yo olvidaré lo ocurrido.

—La señorita Galway debe de estar ahora en su cuarto camerino —dijo Wheeler.

—Acompáñale allí y que se marche— ordenó Hobson.

—Vamos —dijo Wheeler.

González comentó, antes de salir:

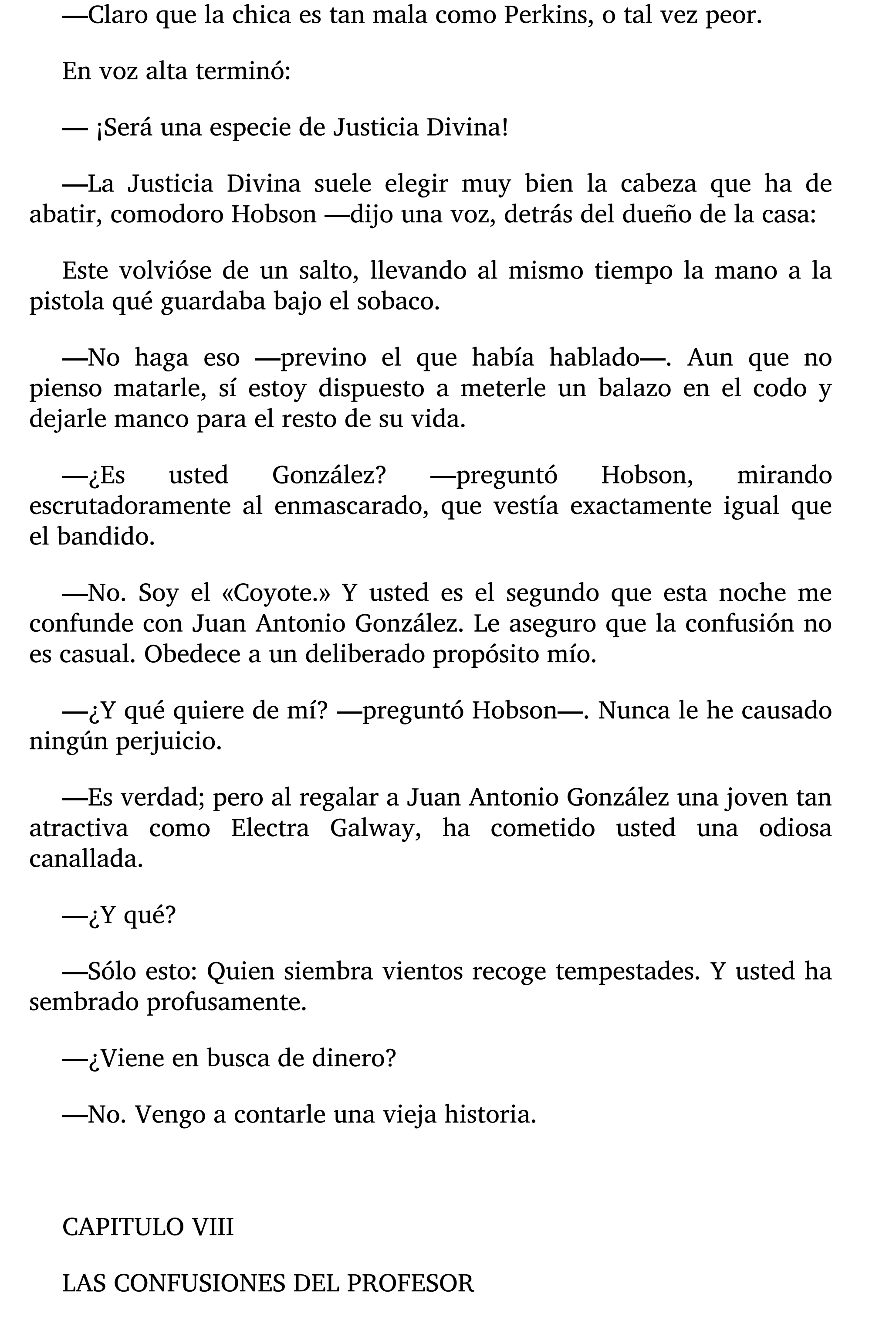
—Me gustaría saber por qué hace esto, comodoro.

Hobson sonrió tristemente.

—Estoy seguro de que no le gustaría —replicó.

Salieron González y Wheeler, y Hobson les acompañó hasta el pasillo. Luego regresó a su despacho y quedó solo. No se sentía feliz por su acción.

—Soy un cerdo —se dijo.



Y para disculparse, agregó:

—Claro que la chica es tan mala como Perkins, o tal vez peor.

En voz alta terminó:

— ¡Será una especie de Justicia Divina!

—La Justicia Divina suele elegir muy bien la cabeza que ha de abatir, comodoro Hobson —dijo una voz, detrás del dueño de la casa:

Este volvióse de un salto, llevando al mismo tiempo la mano a la pistola qué guardaba bajo el sobaco.

—No haga eso —previno el que había hablado—. Aun que no pienso matarle, sí estoy dispuesto a meterle un balazo en el codo y dejarle manco para el resto de su vida.

—¿Es usted González? —preguntó Hobson, mirando escrutadoramente al enmascarado, que vestía exactamente igual que el bandido.

—No. Soy el «Coyote.» Y usted es el segundo que esta noche me confunde con Juan Antonio González. Le aseguro que la confusión no es casual. Obedece a un deliberado propósito mío.

—¿Y qué quiere de mí? —preguntó Hobson—. Nunca le he causado ningún perjuicio.

—Es verdad; pero al regalar a Juan Antonio González una joven tan atractiva como Electra Galway, ha cometido usted una odiosa canallada.

—¿Y qué?

—Sólo esto: Quien siembra vientos recoge tempestades. Y usted ha sembrado profusamente.

—¿Viene en busca de dinero?

—No. Vengo a contarle una vieja historia.

CAPITULO VIII

LAS CONFUSIONES DEL PROFESOR

Perkins tardó un rato en ver a González. Este no se encontraba en el lugar previsto.

—¿Cómo no estaba donde le dije? —preguntó al llegar junto al enmascarado bandido.

—¡Ah! —exclamó el otro—.Casi le había olvidado. Profesor.

—¡Pues no debiera olvidarme! Quiero hacerle un favor y me trata como si le pidiera dinero.

—No creo en los favores desinteresados, Profesor —replicó el otro —. Tarde o temprano, el que hace un favor sin interés aparente acaba presentando la factura. Usted no será distinto de los demás.

—Ya le dije que quiero vengarme de Hobson. ¿Ordenó a su cuadrilla que fueran a buscar a Electra?

—Sí. Todo se preparó debidamente. Pero me gustaría saber…

—Aquí pueden oírnos —dijo Perkins—. Venga conmigo. He encontrado una habitación vacía y desocupada, donde podremos hablar.

Perkins guió a su compañero hasta un aposento que debía de haber sido cuarto de juego, pues estaba lleno de mesas con verde tapete. Después de cerrar la puerta, el Profesor invitó:

—Puede quitarse el antifaz. Me molesta hablar con enmascarados.

—¿Guarda mal recuerdo del «Coyote»? —rió el otro.

—¿En? —el Profesor contuvo su mano, que ya estaba cerca de su oreja izquierda, cubierta por la abundante y grísea cabellera—. ¿Cómo sabe?

—Yo también sé cosas, Perkins —sonrió el enmascarado—. Sé que hace años el «Coyote» le marcó de un balazo en el lóbulo de la oreja. Ello explica su abundante pelambrera y el que la lleve cubriéndole las orejas. Lo que ignoro es por qué le marcó. ¿Por malo? —No le importa. Fue por algo relacionado con Hobson y por ello quiero vengarme.

—Pues, hable, Profesor Perkins. Y perdone que no me quite el antifaz. Eso me evitará el sonrojarme. Sabiendo que no puede verme


la cara, me libro de tener que fingir rubor. Suelte sus canalladas.

—No tolero sus insultos…

—Sí que los tolera —sonrió el enmascarado—. En realidad todo lo que digo es cierto. ¿Qué tiene contra Hobson?

—Yo lo tenía todo dispuesto para ganar una fortuna. Hobson me traicionó y el «Coyote» me marcó. No Lo olvidaré nunca. Y… quiero vengarme. Yo conozco la historia completa de Hobson…

—¿Sus jugadas sucias en la Armada?

—No. Eso lo sabe todo el mundo. Yo sé algo mejor.

— ¿Qué es?

Perkins empezó a hablar, relatando la inconcebible y secreta historia del que fue teniente Hobson y más tarde pudo retirarse del servicio activo con una alta graduación y una hoja de servicios falsamente impecable.

Cuando terminó preguntó, riendo cascadamente:

—¿Qué le parece, González?

El enmascarado movió negativamente la cabeza, murmurando luego, mientras desenfundaba el Colt guardado en una funda sobaquera:

—El tiempo no le ha vuelto bueno, Perkins. Usted nunca ha sido un vino de esos que con los años se añejan y mejoran. Usted era vino malo y ahora es vinagre del peor. Creí que un trozo de oreja menos le haría comprender que iba por mal camino. Veo que tendré que arrancarle otro trozo.

El terror inmovilizó a Perkins, que sólo pudo musitar:

—¿El «Coyote»?

— Sí —respondió el otro, disparando con la mano izquierda.

Perkins sintió en su oreja derecha la abrasadora mordedura del plomo y, como años antes, sus miembros se negaron a reaccionar. Sus músculos quedaron envarados y sus pies claváronse en el suelo.

—Pero… lleva el traje de González…

—El error fue suyo, profesor. Y alégrese de que, por no ir armado, me impide que le dé todo su merecido. Es una lástima que me cueste tanto matar a un bicho sin darle la oportunidad de defenderse. Estoy seguro de que lamentaré el dejarle con vida; pero también sé que no tardará en hacerse matar por alguien, a menos que olvide sus mañas y malas artes. Adiós. Séquese la sangre. Va a estropear su lindo traje. Al quedar solo, Perkins tardó varios minutos en reaccionar. Cubriéndose con un pañuelo la oreja herida, salió de la habitación. Del «Coyote» no vio rastro alguno y durante unos instantes trató de decidir lo que le convenía hacer. Al fin se decantó por ir en busca de «Nigger» Joe. En el patio se oían los alegres sones de una orquesta mejicana. El eco de los instrumentos debía de haber ahogado la detonación del revólver del «Coyote.»

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Joe al ver a su compañero—. ¡Está herido!

—Sí. ¿Y Electra?

—Se fue a su cuarto, a cambiar de ropa. ¿Quién le hirió?

—Tengo un balazo en la oreja y preguntas quién me hirió. ¡Idiota!

«Nigger» Joe palideció como un muerto.

—¡No! —gritó, levantándose—. ¡Si hemos topado con el «Coyote,» yo levanto el vuelo! No quiero nada con ese tipo.

Recogiendo su banjo y una carpeta llena de partituras, el banjista echó a correr hacia la puerta sin que Perkins hiciera intención, de detenerle.

Cruzando el patio por entre las parejas que bailaban, Joe llegó a la puerta.

—¿Se marcha? —preguntó un criado.

—S... sí. No me encuentro bien. Adiós.

Salió como una exhalación y tan de prisa y ciego iba que dio de bruces contra tres hombres que entraban en el Palacio Ibáñez.

—¡Hola!... —exclamó uno—. ¿Adonde va tan deprisa, hermano? ¿A apagar algún fuego?

—¡No, que huyo de la quema! —replicó Joe.

Los que habían detenido a Joe se miraron.

—A lo mejor pensaba ir a avisar a las autoridades —comentó uno, que vestía como un tejano, exceptuando el sombrero, que era mejicano puro.

—Cuida de él, Tomás —dijo otro—. Si se despierta le das otra dosis de durmiente— y al decir esto lanzó su puño contra la mandíbula de Joe, que, más que desplomarse, se hundió como un saco súbitamente vacío.

—Buen golpe, Aparicio —dijo el del traje tejano—. Acabarás aprendiendo a utilizar los puños tan bien como el cuchillo y el revólver.

Mientras Tomás se hacía cargo del caído, los oíros siguieron hacia la entrada al patio.

—Sus invitaciones, por favor —pidió el portero.

—¿Están conformes éstas? —preguntó Aparicio, acercando su revólver al abdomen del portero.

—¡Oh! —El hombre quedó mortalmente pálido y temblando como una hoja—. ¿Qué pretenden?

—Sólo hacer una pequeña faena de limpieza de joyas —rió Aparicio.

El portero retrocedió un par de pasos. Apretaría el resorte por medio del cual se soltaba el rastrillo de hierro que servía para asegurar la entrada de la casa. Si lograba hacer caer aquella compuerta de dos toneladas de peso, los tres bandidos que estaban ante él se encontrarían encerrados, sin posibilidad de huida, dentro del palacio.

El movimiento de la mano del portero hacia el resorte fue advertido en seguida por Aparicio, y en el mismo instante en que el otro apretaba el disparador del rastrillo, el bandido apretaba el gatillo de su Colt.

La detonación de éste fue acompañada del estruendo de la caída del rastrillo, que interpuso su sólida barrera entre los tres bandoleros y la calle.

—¡No importa! —rió Aparicio, al advertir el sobresalto de sus

compañeros—. Tenemos otra salida.

Como el criado de Hobson aún se agitara en el suelo, retorciéndose de dolor, Aparicio comentó, burlón:

—Te voy a quitar las penas, amigo.

Y a los otros explicó:

—No conviene dejar enemigos valientes detrás… y este idiota era valiente.

Disparó otra vez contra el herido y luego, de un puntapié, se aseguró de que su inmovilidad no fuese fingida.

Los disparos y la caída del rastrillo impusieron silencio y miedo entre el público. Todas las miradas se volvieron hacia los tres hombres que avanzaban dejando tras ellos un cadáver.

—No teman, señoras y caballeros —dijo Aparicio—. Si entregan sus joyas y carteras sin hacer resistencia no les ocurrirá nada malo. En cambio, si se ponen tontos les vamos a tener que dar un susto. ¡Ah! Y no piensen en que van a llegarles auxilios, porque la puerta de entrada se cerró y no va a poder entrar nadie en su socorro.

César de Echagüe y de Acevedo vaciló un momento entre si le convenía portarse como un héroe o si era mejor dejar que su padre siguiera manejando las riendas de aquel asunto. Por fin, y aunque el revólver le quemaba contra el sobaco, César dominó sus ganas de empuñarlo y, como los otros, dejó que los bandidos le quitaran la cartera. Dentro sólo había diez dólares.

—¡Qué ridículo! —gruñó Aparicio al ver tan poco dinero—. Ni que no fuera hijo de quien es. ¿Cómo no le dan más dinero cuando sale de noche?

—Es que soy muy niño, todavía —replicó César— Y a lo mejor me gastaba el dinero en peladillas.

—¡Pues me parece que tu *papasito* va a tener que abrir la bolsa mucho más, si quiere volver a tenerte sobre sus rodillas! Vamos.

—¿Es un secuestro? —preguntó César.

—No, es una invitación a comer carne asada en el monte.

—Si es así lamento no poder ir con usted. Me molesta la carne

asada.

—¿Ah? ¿De veras? ¿Qué toma su excelencia?

—Natillas con bizcochos, y como de eso no van a tener…

—¡Tira *pa'lante*, niño! —ordenó Aparicio—. ¡Y cuidado con ser gracioso! Te vas a divertir con nosotros.

—Pues, no sé por qué, sospecho que ustedes no se van a divertir conmigo —sonrió César.

—¿Se puede saber por qué, niño? Me pareces muy tiernecito para ser indigesto.

—Las tunas son tiernecitas y jugosas por dentro; pero tienen espinas por fuera. Yo ya les he prevenido

—¡Vamos! Y contigo nos acompañarán algunos de estos señores y alguna damita. En evitación de que se nos persiga con demasiada saña. Porque si algunos de ustedes insistieran en perseguirnos y en ir disparando contra nosotros, las balas podrían alcanzar a los pobres que nos acompañarán en contra de su voluntad.

Una violenta explosión conmovió el Palacio Ibáñez y arrancó chillidos de terror a las mujeres y gestos de nerviosismo a los hombres, mientras una nube de polvo de ladrillo y estuco brotaba de una de las puertas que daban al patio.

Por entre aquella nube surgieron varios hombres armados con rifles y cubiertos con grandes sombreros téjanos y mejicanos., Aparicio los saludó alegremente.

—¡Bien, muchachos! ¡Buena entrada! Pero me parece que cargasteis la mano en cuestiones de pólvora de barreno.

—Era dinamita, Aparicio —replicó uno de los recién llegados—. ¿Salimos por la nueva puerta?

—Pues claro —rió Aparicio—. Me alegro de que el pobre portero esté ya en el otro mundo. Le iba a dar mucha pena ver lo inútil que fue su valentía. El se imaginó que nos -encerraba para siempre aquí dentro. Vamos, vamos. A ver las jovencitas más lindas…

Comenzó a elegir entre los invitados, sin hacer caso de las protestas y lamentos de los padres.

—No se apuren, hombres, no se apuren —.dijo, tranquilizador—. Luego nos dan un poquito de plata por las niñas y se las devolvemos enteritas. Ya sé que ustedes, sobre todo los hombres, hubieran preferido que nos lleváramos a sus señoras; pero, amigos, nosotros tenemos experiencia y sabemos que por una esposa pocos maridos se molestan en pagar rescate. Algunos hasta nos han enviado dinero para que no las devolvamos. En cambio, por una hijita pagan alegremente y dan las gracias.

En sacos de lona que habían traído fueron metiendo los bandidos las sortijas, collares, pulseras y relojes que habían arrebatado a sus propietarios. Luego, empujando hacia delante a los cinco rehenes elegidos, salieron por la brecha que la explosión de la dinamita había abierto en uno de los recios muros del palacio.

CAPITULO IX

EL MISTERIO DE LOS OJOS VERDES

—La historia que he venido a contarle se remonta al primer viaje que el comodoro Perry realizó al Japón.

Fue en mil ochocientos cincuenta y tres, ¿no?

Hobson respiró con dificultad.

—Sí —dijo por fin—. Se puede leer en cualquier libro de historia.

—Es cierto. California estaba recién conquistada. Los Estados Unidos se asomaban al Pacífico y sintieron ganas de viajar y navegar por él. Se fue al Japón. Era un imperio cerrado a los extranjeros; pero los cañones abren las puertas mejor cerradas. Al año siguiente el Japón abría sus puertas al comercio yanqui.

—Y a mis contrabandos, ¿no? —preguntó, irónico, Hobson.

—No. Eso ya no tiene importancia. Es una vieja historia que ya no interesa a nadie. Dejó de ser emocionante incluso para usted.

—Es posible —admitió Hobson—. Los pecados de la juventud dejan de ser interesantes cuando desaparece el peligro que entrañan o entrañaron. Sin embargo, no comprendo por qué ha mencionado lo

del Japón.

—Usted no estuvo en el Japón en el primer viaje del comodoro Perry. Fue allí al año siguiente.

—Sí. ¿Por qué?

—Se quedó en Manila. Un bote de la escuadra necesitaba reparaciones y se alojó en el arsenal español, junto a la desembocadura del Pasig. Usted debía vigilar aquel bote y, de paso, iniciar sus relaciones comerciales con varias firmas españolas y filipinas.

—Todo ello tiene que ver con mis trampas; pero no veo qué interés puede tener ahora el recordarlo. Nada de lo que entonces hice puede causarme hoy la menor molestia.

El «Coyote» sonrió levemente.

—Es probable que nada de cuanto hiciera usted entonces sea tan grave como para enviarle a la horca, pero haga memoria. ¡Qué días tan agradables, aquellos de Manila! ¡Qué lindas mujeres paseando por la calle de la Escolta y… del Postigo! ¿No se acuerda de la calle del Postigo?

Hobson quedó rígido, mirando como hipnotizado al «Coyote.»

—¿Qué sabe usted de Manila en mil ochocientos cincuenta y tres?

— ¡Hermosa ciudad! Bellas mujeres. Flores de turbadora fragancia. Me refiero a las mujeres, no a simples flores. ¡Tan limpias! Tan frágiles en sus vaporosos trajes. Lavándose tres o cuatro veces diarias. ¡Qué distintas de esas *misses* que huelen a sudor mezclado con polvos de arroz y agua de colonia! Usted no era joven, Hobson; pero se enamoró como un chiquillo de una Elena Gálvez, ¿no? Hermosa mestiza que vivía en la calle del Postigo. Era hija de una indígena y de un español.

—¿A qué viene esta historia retrospectiva?

—Yo estuve allí pocos años después. Aún se hablaba de la canallada cometida por un marino yanqui en la persona de Elena Gálvez. Ella era muy linda y el oficial era muy atrevido; pero la ventana tenía rejas y la casa estaba bien guardada por un viejo pirata moro que a la menor sospecha desenvainaba una espada y se disponía a partir en dos a cualquier audaz enamorado que no se conformara con lo que veía a través de la reja. El oficial yanqui tenía amigos en

Manila. No le fue difícil fingir una boda que en apariencia era legal; pero que en realidad fue una divertida burla. Hasta el pirata tomó por monje a lo que había dentro del hábito. La boda quedó santificada y el falso cura se fue a gastar alegremente el premio de su buena voluntad. El oficial Hobson se instaló en la calle del Postigo y durante unos meses vivió como un sultán.

—Ha conseguido impresionarme; señor «Coyote» —dijo Hobson—. Ha puesto el dedo en la única llaga que aún no he conseguido cerrar.

—Lo suponía. En mil ochocientos cincuenta y cuatro volvió la escuadra, que regresaba al Japón a conocer la respuesta del emperador. Se detuvo en Manila y el oficial Hobson tuvo que volver a bordo. Su hijita acababa de nacer y aún no había sido bautizada. El padre ponía trabas, reparos y retrasos. La llegada de la escuadra yanqui fue muy oportuna. Hobson embarcó y dijo adiós a Manila con un suspiro de alivio. Pero el mundo siguió dando vueltas y cada .cual vivió su existencia a gusto o por fuerza. La vida es así. Nos obliga a soportarla.

—Sí... ya lo sé. Tardé mucho en acordarme de mi hija.

—Tanto que cuando usted se acordó ya nadie se acordaba de ella, ni de Elena Gálvez, ni del pirata moro. Entre tanto, habían ocurrido varias cosas. Entre ellas usted perjudicó a cierto jugador tramposo, fullero y no sé cuántas cosas más. Era un cómico malo que hacía juegos de manos y ganaba su vida como Dios le daba a entender. ¿Se acuerda de él?

—Pues... ¡ahora que usted lo dice! Pero, ¿cree que es el mismo Perkins?

—El mismo. Usted y yo le estropeamos su combinación de apoderarse de una pequeña fortuna guardada en el Fuerte Moore. Sin saberlo fuimos aliados en aquella tarea. Usted por amor a su patria. Un amor tardío; pero fuerte. Yo para evitar que mis compatriotas se vieran envueltos en un asunto muy sucio. Perkins guardó el recuerdo y, al huir a Filipinas, se encontró, sin buscarla, con la solución de su venganza. Se enteró de la existencia de Elena Gálvez. Supo que al querer bautizar a su hija, la pobre Elena se encontró con que no existía referencia legal alguna de su matrimonio con usted. Que la hija era ilegítima y que fue bautizada con el nombre de Elena Gálvez. La madre vivía míseramente y Perkins se ofreció a llevar la niña con su padre. Así lo hizo. Salió de Manila en dirección a San Francisco y nada más volvió a saberse de él, de la niña y de la madre. Todos

desaparecieron como tragados por el mar. La madre murió en un terremoto. Por lo menos así se lo informaron a usted, ¿no?

—Sí. Me dijeron que madre e hija habían muerto entonces. Me lo aseguraron en una oficina del Gobierno.

—Sí. Manila es una ciudad que invita a no hacer nada. Los empleados y burócratas trabajaban lo menos posible. A raíz del terremoto de mil ochocientos sesenta y dos se extraviaron las listas de muertos y se improvisaron otras. Al preguntar usted por Elena Gálvez y su hija se dio por descontado que si usted no las encontraba era porque debían de haber muerto y le certificaron la defunción de ambas; pero la niña vivía.

— ¿Y… dónde está?

—¿Se acuerda de los ojos de su madre? ¡Qué extraños ojos! Eran verdes, casi blancos de tan claros.

La barbilla de Hobson empezó a temblar convulsivamente.

—¡No puedo creer lo que insinúa!

—Pues debe creerlo, porque es verdad. Perkins, actor de teatro clásico, fue el que bautizó con el nombra de Electra a la pequeña Elena. Y, a su vez, alteró el nombre de Gálvez por el de Galway.

—¿Y Electra Galway es mi hija?

—Y usted se la ha regalado a Juan Antonio González para que vengue en ella la muerte de su hermano José Juan.

Durante la conversación habíanse oído algunos disparos que parecían llegar de muy lejos, ahogados por las puertas y ventanas cerradas. Como oír disparos en Monterrey no era ninguna novedad, los dos hombres no les concedieron importancia; pero en aquel momento sonó algo que indudablemente era importante, pues toda la casa se conmovió y la puerta que daba al pasillo abrióse violentamente, empujada por una poderosa e invisible fuerza, mientras un trueno ensordecedor hacía vibrar lámparas y cristales. Luego llegaron los gritos de los invitados.

—Sospecho que la banda de González ha entrado a desvalijar a sus amigos.

—¡Que se vayan al diablo! —gritó Hobson—. ¡Mi hija…!

Corrió pasillo adelante hacia el cuarto que había sido destinado a la joven. Por el camino tropezó con Wheeler, que acudía atraído por la explosión.

—¿Y la cantante? —gritó Hobson, deteniendo a su criado.

Este miró al «Coyote» y creyó estar delante de González. —¿Usted aquí... otra vez? —preguntó.

—¡Contesta a mi pregunta! —rugió Hobson—. ¿Dónde está Electra?

—Se la llevó González; pero si él ha vuelto... —y señaló al «Coyote.»

—¡No es González! —bramó Hobson—. Es el «Coyote.» ¡Y Electra Galway es mi hija! ¡De prisa!

Corrió a la habitación de Electra y trató de abrir la puerta que daba a la calle y por la que había salido la joven con su raptor. No consiguió abrirla.

—Se llevó la llave —dijo Wheeler—. Temía que le siguiéramos.

Fuera se oían detonaciones y gritos. Por la mirilla de la puerta, el «Coyote» oteó lo que pasaba en la calle.

—Han tropezado con una patrulla militar —dijo— Están luchando; pero los militares llevan la peor parte.

De pronto sonaron los cascos de los caballos de los bandidos como un huracán. Veinte hombres disparando contra todo objeto movible, sombra o figura, pasaron frente a la puerta. En medio de ellos cabalgaban cinco mujeres y un joven. El «Coyote» sintió un nudo en su garganta al reconocer al prisionero. En una de las mujeres reconoció, también, a Electra Galway.

—Han arrollado a los soldados —murmuró, dominando con esfuerzo su propia angustia—. Se llevan a su hija y a otras. Y también a un muchacho... al hijo de don César de Echagüe.

Retirándose de la puerta, el «Coyote» disparó dos veces contra la cerradura, saltándola. Luego se precipitó en la calle, seguido por Hobson, en el momento preciso en que pasaban Perkins y Joe, a caballo, tratando de alcanzar a los bandidos.

Hobson no pudo dominarse y cogiendo un rifle que había

empuñado Wheeler disparó contra Perkins, que, alcanzado entre las paletillas, soltó las riendas y cayó pataleando y arañando el suelo, mientras «Nigger» Joe seguía su fuga.

— ¡Hizo mal, Hobson! —censuró el «Coyote»—. Me parece que lo ha matado.

Arrodillóse junto al herido y le volvió cara al cielo.

—Hola, don «Coyote» —musitó Perkins, con sanguinolenta sonrisa —. Esta vez le falló el tiro.

—No disparé yo; pero se merecía el balazo.

—¿Dónde está mi hija? —gritó Hobson, inclinándose sobre Perkins.

—¿Ya lo sabe? —preguntó el herido—. Me alegro.

—¡Maldito! —rugió Hobson, inclinándose para sopear a Perkins.

—¡Quieto! —ordenó el «Coyote»—. Le queda poco de vida. ¿Lo ha advertido, Perkins?

—Sí... Casi no tuve tiempo de dar la noticia a González; pero ya lo sabe y ahora se dirige al Valle de las Tormentas, al Valle Prohibido, al valle del que nadie vuelve.

Empezó a reír horriblemente, mientras la sangre le corría por las comisuras de los labios.

— ¡Me vengo de todos! De ti, Hobson, de tu hija, de González y de su pandilla. Todos se meterán en el valle y no saldrán de él.

El «Coyote» pensó en su hijo y, sin poderse dominar, golpeó al moribundo en pleno rostro.

No supo si había pegado a un vivo o a un muerto, porque después de la bofetada Perkins ya no volvió a moverse. Su cabeza chocó contra el suelo, resonando como un casco vacío. Hobson miró al «Coyote.»

—Aún esperaba que él me desengañara —dijo—. He perdido a mi hija. Nadie ha vuelto del Valle de las Tormentas.

—Yo volveré —dijo el «Coyote.» —¿Irá a salvar a mi hija? —preguntó Hobson. —Iré a salvar a alguien y acabaré con el maleficio del valle y con su secreto. —Le pagaré lo que usted quiera.

—Hay algo más importante que el dinero, Hobson. Adiós.

—Yo también iré con mi gente al valle —dijo el comodoro.

—Haga lo que quiera —replicó el «Coyote.»

Saltó sobre el caballo en que había galopado Perkins y torció por un callejón, como si quisiera acortar el camino. En realidad se dirigía al Palacio Ortega, a cambiarse de ropa para la nueva y peligrosa aventura que iniciaba. Iba a resolver el misterio ante el cual habíanse detenido los más valientes, incluso él mismo

FIN